

24.000 billetes

CLARK CARRADOS



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



CLARK CARRADOS

24.000 BILLETES

Colección **PUNTO ROJO** n.º 713
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 39.065 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1975

© Clark Carrados - 1975
texto

© Salvador Fabá - 1975
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.460 — La sangre ajena.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.318 — El hombre de los ojos de pez.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.058 — Sed de oro, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

717 — Tumba para un hombre malo.

En Colección BRAVO OESTE:

526 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

711 — Pulso firme para matar.

CAPÍTULO PRIMERO

Cada uno de los herederos recibió una carta, fechada en Lausana, Suiza, y con el siguiente contenido (extractado):

Deberá usted encontrarse el próximo dieciocho de abril, del año en curso, en la residencia denominada Villa Grette, no más tarde de las 18.00, al objeto de recibir la herencia que le acordó en su testamento *sir* Brian York-Blygh, y ello en méritos de servicios prestados en vida del legatario. El importe líquido de la parte de herencia que le corresponde a usted es de

400 000

libras esterlinas. Para mayores detalles, sírvase ponerse en contacto con el firmante de la presente, Avenida de

l'Elysée,

675, teléfono 55. 12. 00.

De los seis herederos, uno hizo pedacitos la carta, la metió en el mismo sobre y éste en otro, que envió al notario y abogado que la firmaba. Philippe Leblanc no era notario ni abogado, aunque puede que sí viviera en la dirección del membrete. Pero lo que Nigel Sheridan no estaba dispuesto a permitir era que le tomasen el pelo.

Sabía lo que iba a ocurrir: llamaría al supuesto notario, éste confirmaría la herencia y le pediría quinientos o mil libras para gastos.

«Y luego, si te he visto, no me acuerdo», pensó Nigel, mientras se contemplaba al espejo y dudaba entre seguir con aquella barba que le daba aspecto de fraile benedictino vestido de paisano o afeitársela.

La pereza pudo más, y se dejó la barba.

Y como tenía una cita con una potranca de cuello esbelto, pecho altivo, grupa firme y remos finos, se olvidó en el acto del señor Leblanc y de sus cuatrocientas mil esterlinas.

Sheridan la llamaba *potranca*, pero no era un solípedo, sino un

ser humano, sexo femenino.

Días más tarde, uno de los herederos, Sylvana Kertz recibió la visita de un tal Jean Riccio, quien manifestó ser representante autorizado del notario Leblanc. Riccio era un hombre joven, de ojos y pelo rizado, al que la señora Kertz, actualmente sin marido, recibió de muy buena gana.

Riccio explicó los motivos de su viaje a Londres. La misión que le había encomendado el notario, dijo, era reservadísima, aunque, como resultaba lógico, tenía que decir lo mismo a los restantes coherederos. Sylvana Kertz se mostró encantada de escuchar a tan distinguido visitante, y su asombro se hizo patente cuando conoció los motivos de la herencia.

—Bueno —dijo Sylvana—, la verdad es que, en tiempos, *sir* Brian y yo sostuvimos un romance muy muy apasionado, pero no creí que tuviese tan excelente memoria. Llevaré un ramo de siemprevivas a su tumba.

—Hermoso gesto, señora —dijo Riccio, conmovido—. Y ahora, si me permite, le explicaré, con todo detalle, los motivos por los cuales debe desplazarse a Lausana. Además, y para que no haya dudas y no crea usted se trata de un timo, tengo el encargo, de orden de mi principal, de entregarle a usted dos mil quinientas libras, en buenos billetes de Banco, para los gastos de viaje.

—Es... fantástico —dijo Sylvana—. Parece un sueño de las «Cien y Una Noches»...

Riccio miró de reojo a Sylvana. Se conservaba muy bien, eran unos treinta y cinco espléndidos años, pero su indigencia cultural no era menos espléndida.

Riccio habló todavía algunos minutos, y Sylvana se mostró enteramente de acuerdo con las propuestas de su visitante.

—Claro, claro, pues no faltaría más. ¿Qué me importa a mí el fisco suizo, si yo no resido allí? Luego dirán que Suiza es el paraíso de los financieros... ¿Que me iban a quitar más del setenta por ciento en impuestos? ¡Vamos, hombre, hasta ahí podríamos llegar!

Y luego, para demostrar a Riccio su agradecimiento y también su sentido de la hospitalidad, le prohibió que volviese al hotel. Riccio se quedó encantado, y demostró, a su vez, y muy cumplidamente, su gratitud por la hospitalidad que le concedía

aquella dama, tan bella como analfabeta. Pero, ciertamente, Sylvana Kertz no era analfabeta en las cosas del amor, sino todo lo contrario.

Por aquellas fechas, Nigel Sheridan tenía que trasladarse a Suiza. Cuando fue a la agencia de viajes para que le concertasen el pasaje de avión y demás zarándeles burocráticas, se acordó de la carta del notario, pero el recuerdo duró muy poco en su mente. Lo que tenía que hacer en Suiza era más importante que ser protagonista de un timo.

Sheridan estuvo primero en Zurich, donde no tardó en resolver sus asuntos. Luego, como le quedaban algunos días de sobra, y no quería regresar a Londres tan pronto, decidió visitar el país, que no conocía.

Era un hombre práctico. Lo mejor para visitar un país, se dijo, es hacerlo por uno mismo, sin agencias ni guías pedantes y redichos. Y como había dejado su coche en Inglaterra pensó que lo mejor era el «auto-stops».

Pensado y hecho. Una pequeña mochila a la espalda, con lo más imprescindible, el pasaporte en un bolsillo y unos cientos de francos suizos en otro. Treinta años, la vitalidad de un toro y el optimismo de un excelente negocio felizmente concluido. ¿Podía pedirle más a la vida?

Bajo el puente de Europa, en la Bernerstrasse, encontró al primer automovilista dispuesto a llevarle.

Hizo varias etapas a pie. Una semana más tarde, fue recogido por una hermosa dama de pelo leonado y mirada ardiente. Ella le preguntó si tenía alojamiento, Nigel contestó que no. Ella le dijo entonces que, si quería podía hospedarse en su casa. Nigel aceptó entusiasmado.

Al anoecer de aquel día, mientras contemplaba, desde la casa de la hermosa dama, el fascinante panorama de las luces de Lausana reflejándose en las aguas del lago Lemán, la dama de los cabellos leonados y el pelo ardiente le confesó que había estado casada una vez, pero que había llegado a la conclusión de que el marido es un adminículo superfluo.

Nigel le preguntó si lo había envenenado. Ella, riendo, dijo que no. Simplemente, se había desprendido del adminículo superfluo.

—Arrojándolo a la basura —rió Sheridan.

—Por lo menos, le puse de patitas en la calle. Un marido que sólo sirve para leer *La Tribuna* a la hora del desayuno, es un trasto que sobra.

Entonces, Nigel dijo que si él fuese su esposo, jamás leería *La Tribuna*, ni a la hora del desayuno, ni a ninguna otra hora. A la dama le gustó mucho aquella respuesta.

Y lo que siguió a continuación.

Los herederos se habían concentrado en Villa Grette. Eran cinco: tres mujeres y dos hombres. Un criado silencioso y hermético les había congregado en un salón no demasiado grande, aunque decorado con gusto. Los ventanales no eran muy amplios, si bien permitían una hermosa vista de la ciudad y del lago.

Los comentarios entre los herederos se centraban en su buena fortuna. De un modo u otro, todos habían tenido algún contacto con *sir* Brian, aunque ninguno de ellos se había imaginado que *sir* Brian les dejaría una suma tan enorme de dinero.

Los herederos se mostraban de acuerdo en la idea expuesta por el enviado del notario: ninguno de ellos tenía la menor intención de dejarse la mayor parte de su herencia en las ávidas garras del fisco suizo. Por tanto, lo mejor era llevarse el dinero en buenos billetes de Banco, tal como les había sido propuesto.

Eran las cinco cuarenta de la tarde. Sylvana lo comprobó en el gran carillón que había junto a una de las paredes de la sala.

A la misma hora, el notario Leblanc salía de su casa, con una gran cartera de cuero negro bajo el brazo. Leblanc era un tipo algo anticuado, y no tenía coche propio. Usaba un taxi cuando necesitaba desplazarse a cierta distancia. Y Ville Grette estaba fuera de Lausana, a unos cuantos kilómetros.

Un taxi se paró junto a la acera, cuando Leblanc ponía el pie fuera de la puerta de su domicilio. Leblanc dio la dirección de Villa Grette, y el chófer asintió.

Apenas habían salido de la población, el taxi se desvió un poco a la derecha y refrenó su marcha. Un instante después, alguien abría la portezuela del lado derecho y se sentaba junto al chófer.

—Eh —protestó el notario—. ¿Por qué sube usted...?

—Para matarle —contestó fríamente el recién llegado.

Leblanc respingó.

En el mismo instante, vio ante sí el negro ojo de una pistola.

El cañón era muy grueso. Leblanc no tuvo tiempo siquiera de pensar en que se trataba de un silenciador.

Algo le pinchó en la frente. Justo entre los dos ojos.

—Buena puntería, tú —dijo el chófer, después de mirar por el retrovisor.

—*Psé*, se hace lo que se puede —contestó el otro.

Sacó de su bolsillo una cajita negra, y tiró de la antena.

—Limón a Fresa. ¿Me oyes, Fresa? Cambio.

—Fresa a Limón. Te oigo perfectamente. Cambio y fuera.

—Mensaje entregado, Recibido con puntualidad. Cambio.

—Está bien. Enterado. Cambio y fuera.

—O. K. —rió el asesino—. Vámonos, tú.

El coche dio la vuelta en el primer lugar que encontraron adecuado. Detrás, Leblanc parecía dormir.

La puerta de la sala se abrió. El criado que parecía mudo, entró, empujando un carrito de té.

Pero no había servicio de té. En el piso superior se veía un cubo, con una botella de champaña y seis copas.

En el piso inferior había seis cajas apiladas. Parecían cajas de zapatos, sólo que eran de metal negro, pavonado.

Detrás del carro, entró un hombre alto, delgado, con lentes de pinza.

—Buenas tardes, señoras, caballeros —saludó el hombre—. Soy Leblanc, notario.

Sylvana dirigió una mirada al carillón. Eran las seis en punto.

—La relojería suiza —comentó.

Leblanc paseó la mirada por les presentes.

—Falta uno —dijo—. ¿Les importa que pase lista?

Hubo permiso, claro.

—El que falta se llama Nigel Sheridan, de Londres —dijo Leblanc—. No importa, su ausencia no empaña al plan trazado y que les expuso mi pasante, Riccio. ¿Están ustedes de acuerdo?

—Sí —fue la respuesta unánime.

—Quiero ver la «pasta» —pidió el conde Raymond Valmy, de París.

Leblanc le miró de reojo. Aquella frase cuadraba muy poco con el aspecto atildado, de exagerada elegancia, de su autor.

—Por supuesto, conde.

El criado asistía, impasible, a la reunión. A una seña del notario, cogió una de las cajas y la puso sobre la mesa que había en uno de los lados de la estancia.

Leblanc alzó la tapa. Los billetes de cien libras, cuidadosamente apilados, aparecieron a la vista de los presentes.

—Cada caja contiene cuatro mil billetes de cien libras —dijo el notario—. Por supuesto, el monto total de la herencia debería ser de dos millones cuatrocientas mil libras, teniendo en cuenta que son seis los herederos. En realidad, la cifra total sube algo más, pero es preciso descontar mis honorarios y los gastos que me he visto preciso a realizar. Ustedes ya conocen los motivos de esos gastos.

Cinco cabezas se movieron simultáneamente. Todos dijeron sí.

—Pero hay una objeción —exclamó Doris Humpetter, nórdica. Treinta años, piel de mármol y cuerpo de diosa.

—¿Señora? —murmuro Leblanc cortésmente.

—La sexta caja. Si su propietario no hace acto de presencia...

—El contenido se repartirá entre ustedes. Ochenta mil libras más para cada uno.

—De Valmy silbó.

—Magnífico —aprobó.

—Sin embargo, cuando la policía llegue aquí, encontrará sus cadáveres —dijo Claudia Fallón, rubia, cuarentona y ya rebosante de grasa en pecho y caderas.

—Eran seis herederos, ¿no? —sonrió Leblanc—. ¿Más objeciones?

—¿Ha preparado los nuevos documentos? —preguntó Bart Rhyssing, otro de los herederos.

Leblanc señaló la cartera negra que había traído consigo.

—Los tengo aquí —contestó—. Con sus nuevos pasaportes y sus nuevos nombres. Los documentos viejos se quedarán aquí... en los irreconocibles cadáveres que encontrará la policía.

—Muy bien —rió Sylvana—. Oiga, notario; estoy viendo una estupenda botella de champaña. ¿Qué tal un brindis para celebrarlo?

—Iba a proponerlo, señora —sonrió Leblanc—. ¿Ferdý...?

El criado descorchó la botella y llenó seis copas. Seis manos alzaron las copas.

—¡Por la fortuna! —exclamó de Valmy.

Bebieron.

Rieron.

De súbito, Sylvana sintió como si le hubiesen arrojado al estómago un litro de sulfúrico.

Gritó. Chilló. Cayó al suelo perneando epilépticamente.

De Valmy se desplomó sobre un sillón. Tenía la cara purpúrea.

Doris Humpetter se desplomó, fulminada. Lo mismo le sucedió a Claudia Fallón. Sylvana, sin embargo, continuaba pataleando.

Enseñaba unas piernas preciosas. Bonitos encajes, portaligas negro...

Rhyssing miró a Leblanc.

—Nos ha envenenado —adivinó.

—Sí —confirmó Leblanc, tan impasible como Ferdy el criado que permanecía a un lado.

Momentos después, cinco cuerpos habían dejado de moverse.

—Vámonos, Ferdy —dijo Leblanc.

Antes de salir, metió los dedos bajo la barbilla, y tiró hacia arriba. Toda la cara y el pelo se despegó dejando ver un rostro nuevo.

La máscara quedó en el suelo. Los billetes no se quedaron.

CAPÍTULO II

Nigel Sheridan despertó de pronto.

Estaba tendido en algo que se movía. Y no era la cama de su bella anfitriona.

Trató de forzar su memoria. Había llegado la víspera a Lausana... ¿O ya hacía dos días de ello?

Al despertar, se notó con la mente muy embotada. La dama de los cabellos limados y la mirada ardiente le dio dos aspirinas con una taza de café. Pero el embotamiento no sólo no desapareció, sino que se acentuó.

Nigel permaneció horas en la cama. Por la tarde, ella le dio otras dos aspirinas, en un momento en que parecía sentirse algo mejor. Al cuarto de hora, medio arrastrándose Nigel fue al cuarto de baño y vomitó.

Luego, regreso al dormitorio y se durmió. Despertó a medias, pero sin hablar, porque no podía. Vagamente, se dio cuenta de que unos fuertes brazos le llevaban hasta la puerta. Luego, se durmió.

Despertó de nuevo. Estaba en un suelo, que se movía mucho.

Un poco de luz entraba por una ventanilla no mayor que una tarjeta postal. Con la cabeza a punto de estallar, consiguió sentarse en aquel suelo movedizo.

Entonces se dio cuenta de que se hallaba en el interior de un furgón de carga, completamente cerrado, salvo la ventanilla que daba a la cabina.

Y no estaba solo.

Había tres mujeres y dos hombres. En total, eran seis.

De pronto, sintió que el vehículo se detenía y maniobraba en marcha atrás.

Nigel extendió la mano. Tocó un pecho femenino. Ella respiraba.

Aún estaba viva. Narcotizada, como él, seguro, pensó.

Un oscuro instinto le hizo tenderse en el suelo. Segundos

después, se abrían las dos puertas de la zaga.

Oyó voces nerviosas. Unas fuertes manos tiraron de sus piernas. Se dejó llevar.

Como a través de una niebla que, no obstante, se aclaraba gradualmente, pudo ver que era conducido al interior de una casa. Entonces, oyó una exclamación de asombro:

—¡Oye! ¿Qué hacen aquí estos tipos?

De repente, captó un chillido casi femenino.

—¡Están muertos!

—¿Todos?

—¡Todos!

—¡Rayos! Tú, eso no es lo acordado...

—Sí, pero no podemos quedarnos aquí. Tenemos que largarnos.

—¿Con la carga?

—¡Al diablo la carga! Escucha, vamos a meterlos aquí. Ellos no nos han visto, no nos conocen.

Desde el suelo, Nigel entreabrió el ojo izquierdo.

Retuvo un rostro en la memoria. Viruelas, cicatriz en el lado izquierdo, párpado algo caído en el mismo lado, cuello de toro...

Los dos individuos salieron. Hicieron cinco viajes más. Nigel se sentía todavía muy flojo.

Cuando los dos sujetos hacían el último viaje, sonó el teléfono.

—Diga...

Nigel oyó fragmentos de una conversación.

—¿Cómo? ¿A los diez minutos? Está bien.

El hombre que había cogido el teléfono se volvió hacia su compinche.

—Al cerrar la puerta, se pondrá en marcha el mecanismo de relojería. La bomba estallará diez minutos más tarde. Hemos de abandonar el furgón en el cruce de Chalet-á-Gobet.

—De acuerdo. Larguémonos.

Nigel oyó un fuerte portazo. Los pelos se le pusieron de punta.

¡Diez minutos más tarde, estallaría la bomba!

Con un terrible esfuerzo, se puso en pie. La cabeza le daba vueltas. Mareado, fue hacia la puerta y quiso abrirla, pero no lo consiguió.

Debía de haber una cerradura de seguridad, pensó. Fue hacia otra puerta, situada en el lado opuesto, pero también resistió.

Empezó a sentir pánico. Había pasado ya un minuto.

Se acercó a una ventana. Trató de abrirla, pero estaba asegurada de alguna forma que no consiguió adivinar por el momento.

Alguien se removió y gimió débilmente.

—¿Dónde estoy? —Sonó una voz femenina.

—Levántese. Esto va a volar, antes de nueve minutos —dijo Nigel.

Glenda Green miró torpemente a su alrededor.

—Éste no es el hotel donde me alojaba.

—No se preocupe ahora de dónde está, sino de la forma de salir de aquí —exclamó Nigel, que se imaginaba las agujas de un reloj avanzando inexorablemente hacia la hora señalada.

La otra ventana estaba igualmente asegurada. Nigel agarró una silla y rompió los cristales. Pero tropezó con las rejas de hierro que había al otro lado.

Desesperado, Nigel se dio cuenta de que estaba condenado a muerte.

Puertas cerradas, ventanas con rejas...

Y el mecanismo de relojería, funcionando hacia la muerte.

Relojería suiza, de precisión.

Consultó su reloj. ¿Seis minutos de vida?

Sentada en el suelo, Glenda Green contemplaba, con ojos espantados, el horrible cuadro que tenía a la vista.

Ocho, nueve cuerpos inmóviles... Hombres y mujeres...

De pronto, Nigel reparó en la mesa de despacho que había en un ángulo de la estancia. Era grande, de estilo anticuado, muy sólida.

Frenéticamente, apartó los cuerpos humanos a un lado. Levantó la alfombra que cubría casi todo el suelo de la estancia. Debajo apareció el «*parquet*» liso, pulido, brillante.

¿Cinco minutos?

Agarró la mesa y se situó detrás.

—¿Puede ayudarme? —solicitó—. Haga un esfuerzo, mujer.

Glenda se levantó. De pronto, dio una vuelta sobre sí misma, y cayó al suelo.

—Me siento muy mal —gimió.

—¡Esfuércese! —rugió Nigel.

«Ah, traidora, cuando te pille», dijo mentalmente, pensando en la dama de los cabellos leonados y la mirada ardiente.

¿Cuatro minutos?

Glenda consiguió, al fin, ponerse en pie.

—Empuje —dijo Nigel.

Inspiró con fuerza. Luego echó a correr.

A la mitad de camino, Glenda cayó al suelo. Pero la mesa había tomado ya impulso y alcanzó la otra puerta con tremendo estrépito.

Las maderas saltaron en astillas. Sin embargo, la puerta resistía.

—¡Otra vez, otra vez! —gritó.

Glenda gateó. Nigel hacía retroceder la mesa.

¿Tres minutos?

Esta vez, consiguió el éxito completo. La puerta saltó hecha pedazos.

—¡Paso libre! —aulló.

Glenda salía, tambaleándose. Ni siquiera sabía qué le sucedía ni dónde estaba.

Nigel volvió la vista, un momento. Había más gente viva. Pero no tenía tiempo ni fuerzas para salvar a todos. Sus fuerzas se habían quedado reducidas poco menos que a la nada.

Vacilando como un beodo, pasó al otro lado. Delante de él, Glenda caminaba, errática. Nigel la sujetó por un brazo.

—¡Vamos, vamos!

¿Dos minutos?

El aire frío de la noche limpió sus cerebros, en buena parte, de las brumas que los envolvían. Nigel se dio cuenta de que estaban en una de las colinas del norte de Lausana. Las luces de la ciudad se divisaban a lo lejos. La luna rielaba en el lago.

De pronto, rodaron por un talud herboso. Un seto detuvo su camino.

Ladró un perro. Nigel agarró a la mujer por la cintura y se la llevó a lo largo del seto. Volvió la cabeza. Aún estaban en el jardín de la villa.

De pronto, divisó un espejo horizontal, muy grande.

Era una piscina. Las aguas estaban completamente quietas.

—¡Aquí, aquí! —dijo.

Saltó al agua, junto con Glenda. Ella gritó y gorgoteó un poco, pero cerró la boca en seguida.

Entonces, el mecanismo de relojería funcionó.

Primero explotó una carga de plástico. Había aún más explosivos

en el sótano de la casa.

También había media docena de grandes barriles llenos de petróleo. Nigel tenía la cabeza fuera del agua y le pareció que explotaba una bomba atómica.

El tejado de la casa subió a lo alto, junto con una colosal bola de fuego. Las paredes se abrieron como las hojas de un libro. Luego, cayeron, partiéndose en infinitud de trozos. Nigel escondió la cabeza bajo el agua.

Glenda, instintivamente, había hecho lo mismo. Emergieron cuando les faltó la respiración.

La casa, lo poco que quedaba, ardía en pompa. Nueve cuerpos humanos se consumían en las llamas.

—Tenemos que irnos —dijo él.

—Sí —contestó ella.

—Me llamo Nigel.

—Glenda.

—Vamos, Glenda.

La frescura del aire de la noche y la frialdad del agua, les habían vuelto a la normalidad, casi por completo. Al resplandor del fuego, Nigel pudo ver unas ropas femeninas pegadas a un cuerpo de rara perfección anatómica. El pelo mojado, pegado a las sienes, era intensamente negro.

Agarró la mano de la joven. Muy a lo lejos, se oían gritos de alarma.

—No podemos volver así a Lausana —dijo Nigel, un cuarto de hora más tarde, y a kilómetro y medio del lugar donde habían estado a punto de morir abrasados.

Glenda asintió.

—Pero no tenemos otras ropas que ponernos —objetó.

Nigel miró a su alrededor. De pronto, vio una silueta oscura a cincuenta pasos de distancia.

—Ven —dijo.

Ella le siguió confiadamente. Momentos después, Nigel hacía saltar un cristal con el codo.

Metió la mano y levantó la falleba. Así pudo penetrar en la casa. Luego se volvió y asió a Glenda por debajo de los sobacos.

Ella entró, jadeante, sin fuerzas todavía. Sus rodillas se doblaron, y cayó al suelo. Nigel se dio cuenta de que había unas

cortinas, y las corrió. Acto seguido, empezó a recorrer la pared, hasta que encontró un interruptor.

La luz le reveló que se hallaban en una casa de recreo, bastante lujosa. Vio una estantería con botellas y copas, y buscó el licor adecuado. Un coñac francés les entonó bastante.

—Tengo la cabeza hueca, como si estuviese completamente vacía... —dijo Glenda, poco después.

Nigel bebió un buen trago.

—Hemos sido narcotizados —declaró.

—¿Lo crees así?

—No hay duda. Pero ahora vamos a secarnos. Estamos en abril, y el tiempo es frío todavía.

—La casa no es nuestra, Nigel.

Él se encogió de hombros.

—Los propietarios deben de estar ausentes —supuso—. Vamos a explorar el terreno.

Subieron al primer piso. Encontraron un dormitorio de matrimonio. Había un armario ropero, muy bien provisto.

—Ella es joven —dijo Nigel, después de examinar rápidamente el departamento de la dueña de la casa.

En el del marido eligió un jersey de cuello alto, azul oscuro, y pantalones negros. Buscó ropa interior y calcetines, y pasó al cuarto, de baño.

Cuando salió, Glenda estaba a medio vestir.

—Eh, que aún no he terminado —protestó ella.

Nigel la miró de pies a cabeza.

—Tienes un tipo magnífico —elogió.

Glenda se puso rápidamente un vestido.

—Y a ti te falta la vergüenza por completo —contestó.

—Debe de ser cosa de familia. Siempre me han gustado mucho las mujeres.

—Nigel, ¿crees que hemos venido aquí a divertirnos?

—Evidentemente, no —contestó él—. Pero estamos en una situación que nos obliga a prescindir de los convencionalismos. ¿Te das cuenta de lo que han intentado hacer con nosotros?

—Y con cuatro más, me parece. Pero aún había otros.

—Cinco. Ya estaban muertos cuando llegamos.

El horror asomó al rostro de Glenda.

—Nigel, ¿qué es lo que ha provocado esa espantosa matanza? —preguntó.

—No lo sé aún bien —contestó él—. Sólo puedo decirte que escuché lo que decían los dos hombres que nos llevaron a aquella casa. Ellos tampoco esperaban encontrarse con cinco «fiambres».

—Llevaron a seis personas... ¿sólo para que murieran en aquella horrible explosión?

—Así parece, aunque, de momento, no podemos saber más. Pero yo acabaré por averiguarlo. ¿Tienes hambre, Glenda?

—En poco.

—Vamos a la cocina; algo encontraremos en el frigorífico.

CAPÍTULO III

Entraron en la cocina, grande, bien dispuesta. Glenda se fue directa al frigorífico.

Nigel dirigió la vista hacia un reloj de pared, con calendario.

—Dieciocho —murmuró—. Yo me encontré con Helen el dieciséis, pasé una noche en su casa...

—¿Decías algo? —preguntó Glenda, mientras ponía víveres en una bandeja.

—No, nada. ¿Quién te narcotizó?

—Pues... un tipo llamado Luzzati. Supongo que fue él, claro.

—Ah, no estás segura.

—Bueno, nos conocimos hace algunos días, y anteayer salimos de excursión. Luzzati llevó merienda, bocadillos y café en un termo... y me desperté en su casa. Dijo que me había sentido indispueta. Vino un tipo que dijo ser médico, me recetó unas pastillas, y continuó durmiendo. Me desperté en aquella casa, cuando tú andabas ya rompiendo ventanas.

Nigel se quedó pensativo unos momentos.

—Los demás también debían estar narcotizados —supuso—. Ahora bien, sucede que una misma dosis de narcótico obra distintos efectos, según el organismo al que va destinada. Tú y yo éramos, quizá algo más resistentes que los otros, y por eso nos despertamos antes.

—Sí, pero ¿qué objeto tenía llevamos allí, para hacemos morir en la explosión?

—Tal vez teníamos que sustituir, como cadáveres, a cinco personas.

—Pero estaban muertas. Y, además, nosotros éramos seis.

Nigel arreó un mordisco al bocadillo que Glenda acababa de entregarle.

—Ya lo averiguaré —dijo.

—¿Cómo?

—Se llama, o dijo llamarse, Helen Buttig. Treinta años, guapa, ojos claros y pelo leonado. Sé dónde vive. Al menos, no me llevó narcotizado a su casa.

Nigel abrió una lata de cerveza. Bebió.

—Hacía «auto-stop», y ella me recogió —agregó—. Como le dije que no tenía alojamiento, me ofreció su casa.

—¿Sólo la casa? —preguntó Glenda maliciosamente.

—No seas indiscreta —rió él.

—Bien, ¿qué pasó después?

—Empecé a dormir, dormir... y desperté en el furgón. Cuando ya me recuperaba, llegamos a la casa. Había podido darme cuenta de que viajaban cinco personas más. Eso me olió mal desde el principio. Entonces, cuando advertí que todos estaban narcotizados, me dije que debía seguir la comedia. Creo que si hubiese protestado me habrían rebanado el pescuezo. Después de lo que les oí, pienso que acerté.

—¿Qué dijeron?

—Se asustaron mucho, en un principio. Luego nos entraron a todos en la casa. Al salir, les oía decir que el cierre de la puerta pondría en funcionamiento el mecanismo de relojería que provocaría la explosión. Se me pusieron los pelos de punta.

Glenda le miró, enternecida.

—Me salvaste la vida —dijo.

—Lamento no haber podido hacer más. Buscar la forma de salir de allí me costó mucho tiempo. Debían de haber acumulado una gran cantidad de explosivos y de combustible. Creo que la casa ha quedado completamente destruida. Imagínate cómo habrán quedado los cuerpos.

—No me hagas pensar en esas cosas —se estremeció ella—. Bien, ¿qué harás cuando salgas de aquí?

Nigel contempló la lata de cerveza a medio consumir, que tenía en la mano.

—Haré una visita a Helen Buttig —contestó.

—Te acompañaré.

—Bueno.

Cuando abandonaban la casa, eran más de las diez de la noche.

A las once se detenían ante una puerta.

—Aquí es —dijo él.

—¿Seguro?

Nigel rió.

—Vine con los ojos muy abiertos —contestó.

—Había mucho que mirar, claro.

—Siempre miro cuando tengo una mujer bonita a mi lado.

Glenda resopló.

—Al menos, podías darme las gracias —se quejó él.

—No. Me disgusta que les hombres me miren... de cierta manera.

—Entonces, ponte un traje de buzo.

—Me gusta ir vestida así.

—Entonces, resígnate a que te miren.

Ya estaban en el ascensor. La dueña de las ropas tenía unas dimensiones ligeramente menores que las de Glenda, por lo que el vestido quedaba muy ajustado a su cuerpo.

—¿Cómo mirabas tú a Helen? —preguntó.

—Con ojos de antropófago.

Glenda elevó los suyos a lo alto. El ascensor se detuvo de pronto.

Momentos después, llamaban a una puerta. Nadie contestó.

—Ella no está —dijo Glenda.

Nigel frunció el ceño. Tocó el timbre nuevamente, pero no obtuvo respuesta.

Agarró el pomo. Sorprendentemente, giró.

Empujó la puerta y dio la luz.

—Si no está, la aguardaremos —dijo.

Cruzaron la sala. Nigel se acercó al dormitorio.

—Está dormida —dijo, al ver una forma oscura tendida sobre el lecho.

—¿Con el ruido que has hecho?

Nigel tocó un segundo interruptor. Vio lo que había sobre la cama y sintió deseos de vomitar.

Detrás de él, sonó un golpazo. Glenda se había desmayado.

La esbelta garganta de la dama de pelo leonado y ojos ardientes estaba cortada de oreja a oreja.

Nigel se inclinó y arrastró a Glenda hasta la sala, dejándola sobre un diván. De pronto, recordó algo.

En la casa donde se habían provisto de ropas, cambió de bolsillos todos sus objetos personales. Pero no recordaba haber tocado el pasaporte.

Empezó a buscar. Pronto lo encontró en los cajones de una consola. Se lo guardó.

Regresó a la sala. Glenda estaba sentada, con la cabeza entre las manos.

—Nigel, Nigel... ¿Qué pasa? —gimió.

—No lo sé —contestó él—. Simplemente, Helen realizó un trabajo y ha cobrado.

—Con una cuchillada.

—En esta clase de negocios, ése suele ser el pago.

Hubo una corta pausa de silencio. De pronto, Glenda se puso en pie.

—Me marchó —dijo.

Nigel alargó una mano.

—No tengas prisa —dijo—. ¿Adónde vas a ir? ¿Tienes dinero, pasaporte, equipaje...?

Ella se mordió los labios.

—Es cierto —contestó desalentadamente.

—Hemos perdido una pista. Helen ya no hablará. Pero quizá encontremos a tu amigo Luzzati.

—¿Ahora?

—Me siento cansado. Tengo ganas de un buen baño caliente y diez horas de sueño natural. ¿Dónde te hospedas tú?

—En Le Beau Bivage. Tengo allí una *suite*...

Nigel arqueó las cejas.

—Un hotel de lujo. Eres rica, supongo —comentó.

Glenda se encogió de hombros.

—Tengo algún dinero —contestó.

—¿Hija de papá?

—¿Te molestaría?

—Me molestaría mucho más no haberte conocido. Vamos, yo también tomaré una habitación en tu hotel. Mañana, a las once, nos reuniremos en el vestíbulo. Tú me llevarás a casa de Luzzati.

—Está en las afueras...

—Tanto mejor.

Glenda ya no protestó. La mano de Nigel se cerró firmemente en

torno a su brazo.

Se dejó llevar. Todo había sido un sueño.

—Sí, una pesadilla —se dijo más tarde, al meterse en la cama. Mañana despertaría y se sentiría muy tranquila, y se reiría de los sueños tan horribles que había tenido.

Pero al despertarse, se dio cuenta de que aquellos sueños habían sido realidad. Nigel se lo confirmó, un poco más tarde.

—Faltan quince minutos para las once —le dijo por teléfono.

Glenda se sorprendió cuando Nigel abrió la portezuela del «Audi 2000».

—No sabía que tuvieras coche —dijo.

—Lo he alquilado. ¿Puedes guiarme a casa de Luzzati?

—Sí.

Salieron de la ciudad por la Route Alois Fouquet. A poco, Glenda le señaló una desviación. Entraron en una carretera que serpenteaba por las colinas.

Una media hora más tarde, ella indicó una villa situada casi en la cima de una loma, cubierta de vegetación.

—Allí —dijo.

Nigel paró el coche.

—Seguiremos a pie.

Caminaron unos minutos. La villa tenía buen aspecto, pero no pertenecía a un millonario. Un tipo con rüenos ingresos, pensó Nigel.

Glenda llamó a la puerta. Pasaron algunos segundos.

De pronto, alguien abrió.

Era un hombre joven, treinta y pocos años, alto, pelo rizado, negro, fornido. Durante un instante, parpadeó, asombrado.

—Tú —dijo Luzzati.

—Aquí la tiene —sonrió Nigel—. Vivita y no coleando, porque no es una mona, precisamente.

De pronto, Luzzati pegó un portazo. Nigel adivinó la intención y contraatacó con el hombro izquierdo.

Luzzati salió disparado y cayó con los pies en alto, pero rebotó como si fuese de goma. Nigel se le arrojó encima.

Dos dedos buscaron venenosamente sus ojos. Nigel se ladeó, bajó la cabeza y disparó el puño derecho. Luzzati retrocedió como si corriese hacia atrás a toda velocidad. Chocó contra un mueble. De

pronto, echó la mano atrás y sacó algo que puso los pelos de punta a Nigel.

Glenda chilló. Eran unos nudillos de acero, pero con puntas mayores que lo habitual. Luzzati tiró un viaje canalla a la cara de Nigel. Éste dio un salto atrás. El otro continuó atacando, a la vez que sonreía perversamente.

Nigel tropezó de pronto con una silla y cayó de espaldas. Luzzati saltó sobre su pecho, clavándole las rodillas en el estómago, a la vez que ahorquillaba su cuello con la mano izquierda. Luego levantó la derecha.

De pronto, sintió que le tocaban en un hombro.

—Eso no está bien —dijo Glenda.

Luzzati volvió la cara instintivamente. Un pulgar femenino se le hundió en el ojo izquierdo. El sujeto chilló. Nigel aprovechó la ocasión para sujetarle la mano derecha por la muñeca.

—Tírale de los pelos, Glenda —jadeó.

—Con mucho gusto, Nigel.

Glenda se situó detrás de Luzzati, momentáneamente aturdido por el dolor que sentía en el ojo, y tiró con todas sus fuerzas. De pronto, ocurrió algo extraño.

Se oyó un ligero chasquido, como un pequeño golpe en el lado izquierdo de la cabeza de Luzzati. Pero casi a continuación, sonó una horripilante explosión.

Glenda estaba algo inclinada hacia adelante, aunque tirando de los pelos de Luzzati. El lado derecho de la cabeza del individuo voló en una sorda explosión de sangre y huesos pulverizados.

—¡Tírate al suelo, Glenda! —gritó Nigel.

Ella saltó a un lado. Nigel rodó sobre sí mismo, para evitar la caída de Luzzati encima de su cuerpo. Arrodillada, con las manos apoyadas en el suelo, Glenda contempló el horrible espectáculo que era el cráneo destrozado de Luzzati.

—¡Dios mío! ¡Le han matado! —exclamó Glenda, aterrada.

—Sí —confirmó Nigel, mientras se frotaba el estómago, todavía dolorido por el doble rodillazo que le había propinado Luzzati.

Ella miró hacia la ventana, en la que se percibía el redondo orificio de la bala. De pronto, se oyó el rugido de un motor que aceleraba brutalmente.

Nigel corrió hacia la ventana, pero ya no consigue ver siquiera

al coche que se alejaba.

Sentada en el suelo, Glenda le miró inquisitivamente.

—¿Por qué le habrán matado, Nigel? —preguntó.

Sheridan se encogió de hombros.

—Como se suele decir, sabía demasiado —contestó—. Pero vamos a ver si nosotros podemos averiguar, al menos, parte de lo que sabía Luzzati.

—¿Cómo, Nigel?

—Registrando la casa, naturalmente.

CAPÍTULO IV

Al día siguiente, Nigel tomó el desayuno en su habitación. El periódico figuraba en la bandeja y lo leyó con cierto interés.

De pronto, una noticia singular captó su atención.

—¡Demonios...!

Había una fotografía de un automóvil, en el momento de ser izado a la superficie, sobre una grúa. Según la noticia, el coche había sido lanzado al lago con su ocupante, el cual había sido hallado con una bala entre ceja y ceja. El cadáver estaba completamente desnudo, sin la menor señal de identificación, pero la policía había averiguado muy pronto su identidad.

Nigel se puso a pensar. Al cabo de unos momentos, llegó a una conclusión.

Se olvidó del desayuno en el acto. Unos segundos después, salía de su habitación y entraba en la de Glenda.

La salita estaba vacía. El dormitorio también.

—¡Glenda! —llamó.

Pero ella no contestaba. Nigel, alarmado, abrió la puerta del baño.

—¡Demonios! —resopló.

Glenda se enfureció y le tiró un frasco de colonia a la cabeza. Nigel esquivó el proyectil ágilmente. Luego se echó a reír, mientras volvía la puerta, aunque sin cerrarla del todo.

—¡Qué escultura! —dijo, arrobado.

—¡Sátiro! ¡Lujurioso! —le apostrofó ella.

—Lo siento, nena; no me contestabas y me alarmé.

—El agua me impedía oír nada —contestó Glenda de mal talante—. ¿Es que no se te ocurrió que soy aficionada a ciertas prácticas higiénicas?

—Bueno, bueno, no te enfades tanto, yo lo hice con la mejor intención...

—Claro, con la mejor intención para ti, a fin de recrearte en el espectáculo, ¿verdad?

—¿Preferirías que no me gustase esa clase de espectáculos? Hay hombres a quienes les repugna ver a las mujeres en traje de Eva.

Glenda salió de pronto, envuelta en una corta bata de baño.

—Supongo que habrás venido por algo urgente —dijo con displicencia.

—Sí. He leído en el periódico la noticia de la muerte de Philip Leblanc.

—Bueno, en estos últimos días, estoy acostumbrándome a las muertes. ¿Qué sucede?

—Simplemente, Leblanc era el notario que me escribió, anunciándome que era heredero de cuatrocientas mil libras esterlinas.

—¡Caramba! ¿Eres un hijo bastardo, reconocido a última hora, cuando el viejo conde estaba a punto de «cascarla»?

—¡Qué bastardo ni que...! Mis padres viven aún y gozan de buena salud.

—Por muchos años —dijo ella con sorna—. ¿Son parientes de ese Leblanc?

—Nena, tú no lo comprendes. Yo tenía que haber estado presente el día dieciocho de abril en el momento de la lectura del testamento. Pero creí que se trataba de un timo y rompí la carta y se la devolví al remitente.

—Entonces, la herencia era auténtica.

Nigel encendió un cigarrillo.

—La carta mencionaba que los seis coherederos debíamos ser puntuales. El tipo me iba a pedir luego dinero para gastos de herencia, al menos, eso pensaba yo en aquellos momentos. Como creía que se trataba de un timo, no hice el menor caso —declaró.

—¿Y bien?

—Recuerda, cuando llegamos a la casa que voló por los aires, éramos seis. Allí había cinco cadáveres.

—Sí, parecía un matadero.

—Pues bien, yo pienso ahora que nosotros teníamos que haber sustituido a los herederos, como cadáveres, claro; pero que, por alguna razón que desconozco, los envenenaron y...

Glenda agitó la mano despectivamente.

—Es una hipótesis estúpida —calificó—. ¿Has averiguado ya lo que significa la palabra «Bygdöy»? Recuerda que fue la única pista que encontramos en casa de Luzzati.

—No, no sé nada de esa palabra. Pero si tú pensaras un poco...

—Tengo el estómago vacío. La cantidad de glucosa en mi sangre es ahora muy escasa. Como consecuencia, el riego sanguíneo a mi cerebro es pobrísimo.

Nigel la contempló con admiración.

—Pareces un premio Nobel de Medicina, dando una conferencia en su cátedra —dijo.

Y se encaminó hacia la puerta.

—Seguiré buscando el significado de «Bygdöy» —manifestó—. ¿Saldremos juntos esta mañana?

—Necesito algunos trapos —contestó Glenda.

—Entonces, hasta la noche —se despidió él irónicamente.

Apenas había llegado a su habitación, sonó el teléfono.

—Sheridan —dijo al levantarlo.

—Nigel de nombre, supongo —dijo la voz femenina.

—Desde mi más tierna infancia, señora. ¿En qué puedo servirle?

—Al contrario, soy yo quien desea servirle a usted —manifestó ella con dulcísima voz—. Me llamo Georgia Malvern. Hubo un tiempo en que fui amiga del infortunado Philip Leblanc.

Nigel aguzó el oído.

—Ese nombre me suena —respondió.

—Le sonarán algunos detalles más, si accede a visitarme.

—¿Ahora?

—Cuanto antes, mejor. Tome nota de mi dirección, por favor.

La residencia era muy lujosa. Estaba rodeada por un enorme jardín, con una preciosa vista sobre el lago. La puerta era una verja de doble hoja, que se abrió sola, apenas el coche de Nigel se detuvo ante ella.

Nigel continuó por el sendero enarenado que concluía ante la puerta principal. Saltó del coche, subió los seis escalones del pórtico, y se acercó a la puerta.

También se abrió sola.

Entró. Cruzó el vestíbulo, de cuya izquierda arrancaba una gran escalinata en curva. Había cuadros de valor en la pared. Al fondo, se divisaba un gran ventanal con cristales translúcidos.

—Arriba, al primer piso —sonó la voz de Georgia, por un altavoz invisible.

Nigel emprendió la ascensión.

—Puerta final, por favor —dijo ella.

Cuando ya alcanzaba la puerta, vio que se abría sola como las otras. Entonces divisó a Georgia.

Estaba en una enorme habitación, en la que había muchas cosas; una cama de dimensiones colosales, un clavecín, cuadros, estatuas... y unos cuantos monitores de televisión.

También había una pistola.

Con silenciador. Y apuntaba al estómago de Nigel.

El arma estaba sostenida por una mano blanca, fina, de rojas uñas. La bata que cubría el hermoso cuerpo de Georgia era casi transparente, aunque muy abundante en plumas.

Pero estaba abierta por el lado izquierdo.

—Le gusta enseñar la pierna —dijo él.

—¿La encuentra fea?

—Quisiera ser caníbal, Georgia.

Ella rió suavemente.

—Se la comería a besos —dijo.

—No, no; la cortaría, la asaría y, agarrándola por el muslo y el tobillo, me la comería. Así, en el estricto significado de la acción y el verbo que la define.

—Bueno, hay gustos para todo...

Nigel se tocó el estómago.

—Chaleco blindado —dijo—. Pero el corazón no.

Ella entornó los ojos.

—Ese corazón es perforado cada vez que se encuentra una mujer hermosa —murmuró.

—Inevitablemente.

La pistola se alzó un poco.

—Puedo tirar a la cabeza —dijo Georgia.

—¿Le importaría antes explicarme por qué me va a matar?

—No le voy a matar, Nigel —contestó ella sorprendentemente.

—¡Indultado, indultado! —exclamó él con acento irónico.

—Diga mejor avisado. Advertido, apercibido, como prefiera.

—¿De qué, Georgia?

Ella echó a andar de pronto hacia la puerta.

—Sígame —ordenó.

Nigel se inclinó.

—Sí, majestad —murmuró.

Georgia recorrió el pasillo, sin volver la cabeza ni una sola vez. De súbito, abrió la puerta.

Nigel se encontró en una improvisada galería de tiro. Al fondo había una tabla, cubierta por un blanco, detrás de la que se divisaba un pequeño muro de sacos terreros. El blanco era la silueta de un hombre y tenía marcado el corazón en rojo.

—Fíjese, Nigel.

Georgia disparó cuatro veces muy seguidas. Nigel parpadeó de asombro.

Los cuatro impactos parecían uno solo.

—Fantástico —dijo.

—Hay gentes aficionadas a todo —contestó ella—. A mí siempre me gustaron las armas de fuego.

—Eso significa que podría matarme de un solo disparo, dónde, cómo quisiera, y sin que nadie se enterase.

—Sí.

—¿Lo sabía Luzzati?

—No fui yo, Nigel.

Sheridan reflexionó un instante. De pronto, avanzó hacia el blanco y con su pluma trazó un círculo encima del corazón. El círculo media dos centímetros escasamente.

—Meta ahí dos balas, Georgia —dijo.

—Con mucho gusto.

Los disparos no hacían ruido. Cuando ella terminó de disparar, Nigel se puso un cigarrillo encendido en los labios y se situó junto al blanco.

—Dispare, Georgia.

—Es usted valiente. ¿No teme que me equivoque?

—Si lo temiera, ya me habría tirado por la ventana al jardín y estaría corriendo como si fuese a ganar la final de los doscientos metros lisos.

—Me gusta su sentido del humor —rió ella. Apuntó cuidadosamente y Nigel sintió junto a los labios el viento de la bala.

Dejó caer el pitillo y aplaudió.

—La última prueba —pidió.

Sacó una moneda del bolsillo y la sostuvo con el índice y el pulgar.

—Su valor me da escalofríos —dijo Georgia.

—Pero es usted la que tiene que disparar —sonrió él.

—Muy bien, si lo desea.

La bala agujereó la moneda casi por el centro. Nigel la hizo saltar en la palma de la mano.

—La guardaré como recuerdo —dijo.

Y avanzó hacia Georgia y le quitó la pistola.

Ella, estupefacta, comprendió.

—¡Me has engañado! —gritó.

Nigel tiró el arma por encima del hombro y la abrazó.

—Te he engañado, pero es porque no gusta amar bajo la amenaza de una pistola —dijo ardientemente.

Ella echó el busto hacia atrás.

—¿Hablas en serio? —murmuró.

—¿Quieres una prueba?

Georgia titubeó.

—Sí —cedió al cabo.

Entonces, dos fuertes brazos la izaron a pulso. Ella enroscó los suyos en torno al cuello del hombre.

—¿No temes que te apuñale mientras te beso? —preguntó.

—Sería una muerte muy dulce. Pero tú no eres una asesina.

Los labios de Georgia rozaron los de Nigel.

—No, no soy una asesina —dijo.

Nigel salió del cuarto y se encaminó al dormitorio. Al llegar allí, continuó andando.

—¡Eh, te pasas de largo! —protestó Georgia.

—Sí, querida.

Ella se alarmó. Un instante después, estaba en el cuarto de baño. Su bata voló por los aires, de dos fuertes tirones. Debajo había dos prendas que parecían hechas de tela de araña y de un tamaño increíblemente diminuto.

—Eres un tipo raro —observó Georgia, aunque no sin preocupación.

—Sí.

Y, de súbito, Georgia se sintió izada nuevamente en brazos. Luego, Nigel la dejó en la bañera.

—Pero ¿qué diablos...? —La voz de Georgia era ahora dura, colérica.

Intentó levantarse. Un leve golpe en el estómago la dejó sentada en la bañera.

—Quietecita —dijo Nigel.

Los ojos de Georgia se llenaron de lágrimas.

—No hablaré —murmuró.

—Veremos —contestó Nigel.

Y abrió el grifo de la ducha fría.

Un potente chorro de agua cayó sobre Georgia. Ella, de repente, lanzó un grito horroroso y se puso en pie de un salto, convulsionándose epilépticamente. Nigel se sintió asombrado por el resultado de la acción.

La piel de Georgia, blanca como la nieve, se volvía rápidamente de color escarlata. Todo duró unos pocos segundos.

De pronto, ella dejó de gritar y se venció a un lado, quedando doblada sobre el borde de la bañera. Sus piernas se movían con espasmos cada vez más débiles, hasta que se quedaron quietas por completo.

CAPÍTULO V

Nigel tardó todavía algunos momentos en comprender lo ocurrido. Un instintivo sentimiento de precaución le hizo coger el gorro de plástico con el que Georgia se cubría los cabellos al ducharse. El plástico resultó aislante para su mano derecha y el agua cesó de manar.

Lentamente, Georgia rodó al fondo de la bañera y quedó boca arriba, con la cara torcida en una mueca grotesca y los ojos medio fuera de las órbitas. ¿Para quién había sido destinada la trampa?, se preguntó.

Había querido hacer hablar a Georgia y lo único que había conseguido era su muerte. Una muerte nada agradable, todo había que decirlo.

De pronto, se dio cuenta del absoluto silencio que reinaba en la casa. ¿Habían estado los dos solos?

Una residencia de aquella clase necesitaba servidumbre: un par de doncellas, mayordomo, chófer, jardinero... Pero él no había visto a nadie a su llegada.

Las puertas se manejaban desde el dormitorio, mediante control remoto, vigiladas, además, por un circuito cerrado de televisión. Georgia no era sola ni había actuado por propia iniciativa.

Tal vez la electrocución por el baño estaba destinada a él. En todo caso, había sido una trampa muy sofisticada. Y ni siquiera Georgia debía de estar enterada, porque entonces se habría resistido con todas sus fuerzas a entrar en la bañera.

Ella contaba con resistir al chorro de agua fría. De haber sabido que había una trampa preparada, no se habría dejado meter en la bañera con relativa facilidad.

—Hubiera gritado, protestado... —dijo a media voz.

Giró sobre sus talones. Un leve zumbido llegaba a sus oídos.

Corrió hacia los monitores. En el que registraba la puerta del

parque, vio a un automóvil que entraba en la propiedad.

—Algunos tienen su propia llave —dedujo.

Corrió hacia la planta baja y se apostó junto a la puerta. Momentos después, dos hombres penetraban en la casa.

—¡Georgia! —gritó uno.

—Está muerta —dijo Nigel.

Los recién llegados se volvieron en el acto. Nigel disparó su puño derecho y derribó a uno fulminantemente.

El otro sacó una pistola. Nivel levantó el pie derecho. El arma voló por los aires. Chasqueó un hueso.

El hombre se tambaleó. Nigel golpeó con dureza, como si poseyera un marrillo pilón en lugar de un puño. Crujió un esternón. Apareció sangre en una boca.

De pronto, se sintió violentamente lanzado hacia adelante. Cayó al suelo y resbaló un par de metros.

Giró sobre sí mismo.

—No te di bien —murmuró, viendo que el otro se le echaba encima.

Sus pies se elevaron simultáneamente. Un cuerpo humano volteó sobre su cabeza. Se oyeron un terrible golpazo y un grito...

Pero el individuo era un fenomenal encajador y se puso en pie. Nigel hizo lo mismo. Un puño buscó su mentón. Esquivó. Metió lo izquierda, luego la derecha. El tipo cayó boca arriba, aunque consciente.

Nigel se inclinó y le agarró por los tobillos. Luego hizo fuerza y empezó a girar sobre sí mismo.

Dio tres vueltas. A la tercera, el cuerpo del individuo estaba ya a cuatro palmos del suelo. Entonces lo soltó.

Un obús humano cruzó la atmósfera. Se oyó un tremendo estampido cuando la cristalera del fondo saltó en mil pedazos. Los chillidos del sujeto cesaron en el acto.

Nigel se inclinó hacia el otro. Estaba completamente sin sentido. Bueno, lo dejaría dormir, decidió.

Junto a la entrada había una consola, con un espejo de historiado marco encima. Se miró al espejo. Las ropas, un poco arrugadas.

Podía pasar, pensó.

Lástima que Georgia hubiese muerto. ¡Tan buena tiradora...!

Se metió las manos en los bolsillos. Salió.
¿Qué significaba «Bygdöy»? , se preguntó.

Llamó al hotel. Glenda no había vuelto todavía.

—Dejará vacías todas las *boutiques* de Lausana —murmuró—. Menos mal que paga papá...

Silbando, salió de la cabina. Entonces, le pegaron una tremenda palmada en la espalda.

Se volvió, con los puños prestos. El autor del golpe retrocedió.

—¡Paz! —dijo—. Soy amigo.

—¡Algy! —exclamó Nigel—. Algy Moore-Lewis...

—El mismo que viste, calza y te invita a una copa donde quieras —rió el otro—. Oye, por poco me pegas, tú.

—Estoy un poco nervioso, dispensa —rogó Nigel.

—¿Te sucede algo?

—No te preocupes. Cosas mías, Algy. ¿Dónde es el «bebercio»?

—Aquí, en el Riviere. Ven.

Moore-Lewis tenía cuatro o cinco años más que Nigel. Eran buenos amigos, casi desde la infancia.

—Dejaste el servicio —dijo Moore-Lewis, poco después, sentados ante una mesa elegida en un rincón discreto.

—Sí. Tú continuas, supongo.

—¡Ajá!

—No tengo madera de espía, Algy.

—Leí tu último informe. Era muy bueno.

—Me gusta hacer bien los trabajos, sean de la clase que sean. Pero cuando decido algo, no rectifico. Al menos, en determinado sentido.

—Comprendo. Entonces, ¿vacaciones?

—Mitad y mitad. Negocios y vacaciones.

—¿Amor?

—Cero, Algy.

Moore-Lewis rió burlonamente.

—Si no te conociera —dijo, socarrón.

Dos chicas pasaren delante de ellos. Vestidos primaverales, tela ceñida en los bustos juveniles, faldas cortísimas...

Moore-Lewis suspiró.

—¿Cómo están las hijas de Eva?

—Imponentes, tú.

—Y que lo digas.

—Ya lo estoy diciendo —rió Sheridan—. De modo que haciendo otra vez el espía.

—Sí, estoy espionando lo que espían los espías del espionaje enemigo —contestó Moore-Lewis—. Bueno, es un asunto casi de rutina. Dos millones y medio de libras, más o menos.

—Eso no es una minucia, Algy.

—No, sobre todo, teniendo en cuenta que no hay que pagar impuestos.

—Yo no los pagaré de esa suma, te lo aseguro. ¿Desfalco?

—Mitad chantaje, mitad soborno. Tememos que ese dinero vaya a parar... al enemigo.

—¿Quién es el enemigo, Algy?

Moore-Lewis rió.

—Para Inglaterra, todos —contestó—. No es un dinero transferido en cheques, sino en billetes. De cien libras.

—Un buen paquetito, ¿eh?

—Exactamente, veinticuatro mil billetes de cien libras.

La mente de Nigel empezó a funcionar. Dos millones cuatrocientas mil libras... cuatrocientas mil por heredero.

—Si tuviera ese dinero, me retiraría, Algy. Una isla desierta, una chica hermosa...

—Sueños —dijo Moore-Lewis—. ¿Estarás mucho tiempo en Lausana?

De pronto, sonó una voz femenina:

—¡Nigel!

Los dos amigos volvieron la cabeza. Delante de ellos sólo había un montón de paquetes y cajas de cartón, sostenidos por dos piernas preciosas.

—Ayúdame, hombre —pidió Glenda.

Nigel se levantó de un salto. Su amigo le imitó. Glenda suspiró al verse libre de los paquetes.

—He vaciado las *boutiques* —suspiró, al sentarse en una silla.

—Lo pronostiqué —dijo Nigel—. Glenda, éste es Algy Moore-Lewis, espía. Algy, ella es Glenda Green, hija de papá.

—Ah, el señor Green, el artista —exclamó Moore-Lewis.

—Mi padre no es artista —dijo ella—. ¿Acaso lo conoce usted?

Algy dio un codazo a su amigo.

—Dice que su padre no es artista —rió—. Entonces, ¿cómo fabricó esa obra de arte?

Glenda se puso colorada.

—No seas burro, Algy —gruñó Nigel—. Dispénsale, Glenda; es su carácter.

—¿Está usted casado, señor Moore-Lewis? —preguntó ella.

—No, pero me casaré.

—Deme el nombre y dirección de su prometida. Voy a escribirla para que rompa el compromiso. Así evitará ser madre de un Quasimodo.

Nigel lanzó una atronadora carcajada.

—Te está bien empleado, Algy —dijo—. ¡Camarero!

—*Monsieur* —se inclinó el aludido, instantes después.

—Té, por favor —pidió Glenda.

—*Oui, madame*.

Glenda se volvió hacia Nigel.

—Tengo que decirte una cosa —exclamó.

Un pie le golpeó en el tobillo. Glenda parpadeó.

—No podemos salir de excusión esta tarde —añadió, vivaz.

—Lástima —dijo Nigel.

—¿Puedo acompañarla yo, obra de arte? —solicitó Moore-Lewis.

—Las obras de arte son insensibles —dijo ella.

—Pero no quienes las contemplan.

—Algy, no te metas en un coto privado —rezongó Nigel.

Moore-Lewis rió suavemente y se puso en pie.

—Desgraciado en amores, afortunado en el juego —dijo—. Como la he perdido a ella, gano las copas. Paga tú. Adiós.

Moore-Lewis se alejó después de tan corto, pero sustancioso discurso. Nigel miró a la muchacha.

—¿Te he ganado? —preguntó.

—Yo no soy Helen Buttig —dijo Glenda, displicente.

—Ella está muerta. Tú estás apetitosamente viva.

—Lúbrico individuo, deje usted de fijarse solamente en mis cualidades físicas y piense también en las espirituales... por ejemplo en mis facultades deductivas.

—¿Qué se puede decir de tus facultades deductivas?

—Que sé lo que significa «Bygdöy».

—Maravilloso. —Nigel juntó las dos manos, arrobado—. ¿Qué significa?

—Es una avenida de Oslo.

—¡Noruega!

—Su capital, querido.

—Conozco la geografía —dijo él, pensativo—. Pero la avenida Bygdøy debe de tener más de una casa... y en el trocito de papel que encontramos en el bolsillo de Luzzati no había más indicaciones. Por cierto, ¿cómo has sabido que ese nombre correspondía a una calle de Oslo?

Glenda rió.

—Me he encontrado con una antigua compañera de colegio. Es de dicho país, estudió en Inglaterra y vive en la avenida Bygdøy. Aunque nos escribimos de cuando en cuando, se ha mudado recientemente y no había tenido tiempo de enviarme su nueva dirección.

—Entonces, no lo has deducido; te lo han dicho.

—Pero he deducido que podía interesarte.

—Eso sí es cierto. —Nigel encendió un cigarrillo con aire abstraído, pero ella se lo quitó de los labios con toda desenvoltura y tuvo que encender otro—. Si, al menos, supiéramos el número exacto...

—¿Irías a Oslo?

—Sin vacilar.

—¿Crees que el asunto vale de veras la pena?

—Sí, porque están en juego casi dos millones y medio de libras.

Glenda saltó en su asiento.

—¡Cielos! —exclamó—. Mi padre tiene «pasta», pero creo que si oyerá esa cifra se desmayaría. ¿Quién te lo, ha dicho, Nigel?

—El perdedor que acaba de irse. Es agente del IS.

—¿*Intelligence Service*?

—Sí.

—Vaya un espía que cuenta sus secretos al primero que se encuentra —exclamó ella despectivamente.

—Es que yo también pertenecí en tiempos al IS.

—Y lo dejaste.

—Una vez tuve que hacer una cosa muy desagradable. Mejor dicho, quisieron que la hiciera y me negué.

—¿Qué era, Nigel? —preguntó Glenda, intrigadísima.

—Verás, a veces te llama un tipo muy pulcro, muy educado... o en ocasiones son varios, que forman como una especie de tribunal marcial, y empiezan a hablarte de las glorias del imperio, de la supervivencia de Inglaterra; que es preciso, si llega la oportunidad, dar la vida por la patria... y entonces te ponen una pistola en la mano y te dicen que debes «apiolar» a un fulano.

—Y tú dijiste que no.

—Inglaterra no se ha hundido, ¿verdad? No quiero repetirte lo que nos dijimos recíprocamente para no herir tus castos oídos, pero las paredes temblaron.

—Te felicito, objetante de conciencia. Pero ahora quieres seguir con el asunto.

—Ahora es distinto. Ahora pienso que tal vez la carta que recibí del notario Leblanc era auténtica y que yo era uno de los coherederos de *sir* Brian.

—Y te tocaban cuatrocientas mil libras.

—Sí, pero aunque el notario haya muerto, su oficina debe continuar en actividad —exclamó él de pronto—. ¡Qué idiota he sido! ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes esta idea?

—Tal vez porque no habías hablado con Algy.

—Sí, eso debe de ser. —Nigel consultó su reloj—. Pero ya es tarde. Y, además, tengo ganas de olvidar un poco lo que he visto hoy.

—¿Ha resultado interesante? —preguntó Glenda.

—Horrible. He visto morir electrocutada a una bella mujer —contestó él.

CAPÍTULO VI

Una mecanógrafa de pecho liso y ojos miopes, situados detrás de unas gafas que parecían dos ruedas de bicicleta, le recibió a la mañana siguiente en un antedespacho que parecía la sala de descanso de una cámara funeraria.

—Avisaré al señor Bigeaud —dijo la oficinista—. Es el pasante principal del señor Leblanc.

Una dama enlutada, cuarentona, pechugona, pasó en aquellos momentos por la estancia. Nigel la vio con las mejillas muy encarnadas. Detrás de ella salió un hombre de unos treinta y ocho años, limpiándose los labios con el pañuelo.

«Pobre notario. Ni siquiera ha tenido tiempo de enfriarse su cadáver pensó, mientras la oficinista hablaba con el individuo».

—Ah, señor Sheridan —exclamó el hombre—. Tenga la bondad de pasar a mi despacho. Soy Bigeaud, pasante principal del difunto señor Leblanc.

—Encantado, señor Bigeaud —saludó el joven cortésmente.

Bigeaud tomó asiento detrás de una enorme mesa, cubierta de legajos y documentos.

«Ya ha tomado posesión de la notaría... y de la notaría, aunque ésta debía de ser suya hacía mucho tiempo», reflexionó Nigel, sin variar en absoluto la impassibilidad de su rostro.

—Recibimos su carta, señor Sheridan. Mejor dicho, la que usted nos devolvió hecha trocitos... Sin duda, pensó que se trataba de una broma.

—Así es, puesto que no recuerdo haber hecho ningún favor a *sir* Brian York-Blygh, a quien jamás conocí y cuyo nombre no he oído nunca.

Bigeaud sonrió.

—Por lo visto, él sí oyó hablar de usted, puesto que dispuso en el testamento que le entregasen cuatrocientas mil libras esterlinas

—dijo.

Nigel alargó la mano.

—¡Vengan! —pidió, con gran frescura.

—Lo siento. El dinero ha desaparecido.

—¡Diablos! ¿Se ha evaporado?

—Témenos que sí —dijo Bigeaud tristemente—. El difunto señor Leblanc tenía orden de entregarlo personalmente a los herederos y fue asesinado cuando se disponía a hacer la entrega en la villa que *sir* Brian poseía en Lausana.

—Además de quitarle la vida, le cuitaron el dinero.

—Sí, señor.

—Pero, la policía...

—La policía nos ha rogado la máxima discreción, habida cuenta de que un poderoso Banco podría verse involucrado en un asunto del que no tiene la menor culpa. Pero ese Banco, siguiendo instrucciones de mi difunto principal, nos proporcionó los veinticuatro mil billetes de cien libras a que ascendía la herencia de *sir* Brian.

—Oh, qué lástima.

—Además, los herederos también han muerto. ¿No ha leído en los periódicos la noticia de una horrible matanza?

—No leo los periódicos. Detesto ese género de lecturas —mintió Nigel.

—Los herederos estaban congregados en la villa de *sir* Brian y una terrible explosión los mató y destruyó el edificio.

—¡Espantoso!

—Todo esto, me temo, es obra de una banda internacional —dijo Bigeaud melodramáticamente—. Por eso la policía actúa con tanta discreción.

—Comprensible.

—Siento tantísimo tener que darle malas noticias... Deploro que usted haya perdido esa enorme suma de dinero...

Nigel agitó una mano.

—Oh, no se preocupe —sonrió—. Soy un poco *hippy*, aunque este término esté ya pasado de moda. De todas formas, voy a pedirle un favor, amigo mío. Si me permite que le conceda ese título.

Bigeaud hizo un gesto lleno de benevolencia.

—Por favor. Estoy a su entera disposición, señor Sheridan — contestó.

—Desearía conocer los nombres de los restantes coherederos. Con su dirección, si es posible.

—¡Pero están muertos!

—Como superviviente, me gustaría expresar mis condolencias a los familiares de los difuntos.

—Oh, en ese caso...

Bigeaud hurgó en una carpeta y extrajo un documento, del que copió algunas líneas en una cuartilla. Luego se la entregó a su visitante.

Los ojos de Nigel lanzaron, un chispazo al ver una dirección: Doris Humpetter, 447, Bygdøy Allé, Oslo. Pero no demostró verbalmente su alegría.

—¡Pobre Bart! —exclamó fingiendo una pena atroz.

—¿Conocía usted al señor Rhyssing? —preguntó Bigeaud.

—Estudiamos juntos en Oxford. ¡Qué lástima de muchacho! — Nigel, con todo descaro—. Iré a ver a su anciana madre... si ha sobrevivido a la pena que le habrá causado la pérdida de su único hijo...

Guardó el papel en el bolsillo y se puso en pie.

—Señor Bigeaud, no sé cómo darles las gracias —dijo—. Sírvase expresar con toda efusión mis más sinceras condolencias a la viuda de su principal.

Bigeaud se quedó parado. Nigel lanzó una carcajada mental al ver la cara que ponía el pasante.

Pero salió antes de que Bigeaud hubiera podido decir algo.

Detúvose ante la mesa de escritorio de la chica de pecho plano.

—¡Al fin, libres! —exclamó.

—¿Usted y yo? —preguntó la secretaria ávidamente.

—No. Me refería a ellos —contestó Nigel, señalando con la cabeza hacia el despacho de Bigeaud.

Ella hizo una mueca despectiva.

—Trotan por la casa como potro y yegua en celo. ¡Y están para ir al asilo!

Nigel se echó a reír. Salió del piso, descendió a la calle, entró en su coche y dio el contacto.

Entonces, oyó una voz a sus espaldas.

—Señor Sheridan, hay dos pistolas apuntándole. Ambas son de grueso calibre y están provistas de silenciador. Eso significa que podríamos hacer unas bonitas «brochettes» de sus riñones, a través del respaldo de su asiento. ¿Está claro?

—Meridianamente gráfico. ¿Y...?

—Arranque. Nosotros le guiaremos.

—¿Un paseíto?

—Lacustre.

—Lacustre viene de lago.

—Exactamente. Ahí es donde vamos —confirmó el desconocido.

Nigel hizo girar la llave del contacto.

El puerto no estaba demasiado lejos. Por la avenida de Ouchy, salieron al *Quai* del mismo nombre. Sus captores le hicieron guiar hasta un muelle deportivo, en el que había amarradas numerosas canoas y embarcaciones deportivas y de recreo.

—Ahora, vamos a salir los tres juntos —dijo el que había hablado en primer lugar—. Usted se comportará con toda naturalidad, como si fuésemos amigos de toda la vida. Puede que nosotros nos viéramos en un compromiso si tuviésemos que disparar, pero eso siempre es mejor que perder la vida. ¿Entendido?

—Entendido.

Un minuto después, embarcaban en un yate de doce metros, con cubierta, puente y cabina. Nigel fue obligado a descender a ésta. No tardó en escuchar el rugido de los dos poderosos «diesels» que propulsaban la embarcación.

Uno de sus captores pilotaba la nave. El otro estaba sentado frente a Nigel, apuntándole impasible con la pistola.

A través de los ojos de buey de la cámara, Nigel podía divisar las orillas del lago, que se alejaban con moderada rapidez. Era evidente que los secuestradores no deseaban llamar la atención de nadie.

—Parece que estorba el último heredero —dijo Nigel de pronto.

—No sé nada —contestó el sujeto.

—¿Ha oído hablar de Luzzati?

El individuo respingó.

—¿Qué pasa? —Gruñó.

—Le volaron la cabeza de un tiro.

—Mala suerte, amigo.

—A Georgia también la asesinaron. Electrocutada Y Helen fue degollaba.

—No me diga.

—Es lo que les va a suceder a ustedes.

—¡Ja, ja! —dijo el esbirro, muy serio.

—Les pagan, no dudo que bien, para hacer estas guarradas, y luego los liquidan para que no hablen. Más de dos millones de libras están en juego. Unos veinte millones de francos suizos.

—¡Qué barbaridad!

Los motores del yate trepidaban rítmicamente.

—¿Puedo fumar? —consultó Nigel de pronto.

El cañón de la pistola se elevó, a la vez que se acercaba a un metro de su frente.

—Tendré tiempo de disparar antes de que me gaste una jugarreta —dijo el pistolero.

—No tema, estoy desarmado —sonrió Nigel.

Encendió un cigarrillo. El pistolero se relajó un tanto, aunque no por ello descuidó la vigilancia de su presa.

Arriba, en el pequeño puente, el piloto volvía la cabeza de cuando en cuando. Todo iba perfecto: hacía un buen día, navegaban algunos balandros, un par de transbordadores cruzaban el lago, correteaban algunas motoras... y las nevadas cumbres de las montañas componían un paisaje de tarjeta postal.

El piloto no se percató de que, a cosa de mil metros, una canoa navegaba en zigzag, incluso, a veces, describiendo grandes círculos, como si su piloto se entrenase para alguna competición o probase el motor. Pero el piloto, que era una mujer, no perdía de vista el yate, en ningún momento.

Transcurrida media hora, Nigel oyó que disminuía el ritmo de los motores. La embarcación se detuvo. Nigel oyó el ruido de un ligero choque con otra navecilla, anclada sin duda en el centro del lago, aunque en el lado suizo.

El piloto descendió a la cámara.

—Ya es hora —dijo.

Su compañero movió la mano armada.

—En pie —ordenó.

Nigel obedeció. Una ancha tira de esparadrapo le tapó la boca. Luego, las manos y los tobillos quedaron ligados con varias vueltas

de cinta del mismo material.

Sintió un golpe en el pecho. Cayó sobre una banqueta.

Los pistoleros le miraren burlonamente.

—Hay más de cien metros de profundidad en este paraje —dijo el que le había custodiado, a la vez que apuntaba la pistola hacia el suelo.

Disparó.

Una, dos, tres veces... Las balas golpeaban casi juntas, produciendo un orificio de pocos centímetros de diámetro. Pero, al cuarto disparo, empezó a penetrar el agua.

El pistolero vació su cargador.

—Adiós —se despidió.

Salió. Cerró la puerta.

Y Nigel quedó en la cámara, entregado a sus tristes reflexiones.

Tendióse de costado. Ya había un centímetro de agua en el fondo de la cámara.

Había una posibilidad, se dijo. Si las juntas eran herméticas, el agua acabaría por dejar de entrar, debido a la presión interior del aire contenido en la cámara. Pero ¿cuánto tardaría en consumir aquellos pocos metros cúbicos de oxígeno?

Desde su motora, a unos trescientos metros de distancia, Glenda vio que salían dos hombres de la embarcación a la que había seguido y que pasaban a otra de menor tamaño. Uno de los individuos soltó la amarra sujeta a la boya. El otro empujó con un bichero, para hacer que las dos embarcaciones se separasen. Luego se sentó ante el volante.

Dio el contacto. Entonces, se produjo la explosión.

Dos cuerpos humanos volaron por los aires, despedazados, juntos con los restos de la lancha. La otra motora fue sacudida violentamente. La potencia de la onda explosiva abrió la puerta de golpe.

Nigel quedó aturdido unos instantes, mientras percibía el olor a gasolina ardiendo y maderas quemadas. El yate se balanceaba con fuerza, debido a las olas que había provocado la explosión.

El agua entraba con rapidez en la cámara. Ya había más de un palmo en el suelo. Pero al menos, tenía la ventaja de disponer de una vía de escape. Aunque no sabía si podría mantenerse a flote.

Glenda había adivinado lo surtido, y dio todo el gas a su lancha.

Un minuto después, la abordaba al costado de babor de la otra. El mar estaba lleno de restos de la embarcación volada.

—¡Nigel! —gritó.

Amarró su lancha a la borda del pequeño yate, y saltó a la cubierta. El puente estaba desierto.

Se asomó a la cámara. Un chillido de espanto brotó de sus labios, al ver la forma humana que se arrastraba hacia la escalera.

Glenda se arrodilló al lado de Nigel, y le quitó el esparadrapo que cubría sus labios.

—En la cocina —dijo él, jadeante—. Busca un cuchillo, pronto.

Glenda comprendió en el acto, y atravesó, chapoteando, la cámara. El agua llegaba ya casi hasta sus rodillas.

Volvió junto a Nigel, y cortó el esparadrapo. El joven no perdió tiempo en disquisiciones, apenas se vio libre.

—Larguémonos. Esto se va a hundir muy pronto —exclamó.

Instantes después, saltaban a la lancha de Glenda. Nigel soltó la amarra, y ella dio gas, apartándose del yate. Cuando se iba a sentar junto a la joven, Nigel vio una pierna humana desprendida del tronco del que había formado parte.

El motor de la lancha rugió atronadoramente.

—Éste no explotará —gritó Nigel.

CAPÍTULO VII

Varias embarcaciones, una de ellas perteneciente a la policía, acudían rápidamente al lugar del siniestro.

—No te alejes demasiado —indicó Nigel—. Vendrán a pedirnos explicaciones. Yo me entenderé con ellos.

—Está bien.

Nigel miró a la muchacha, y sonrió.

—Me has salvado la vida —dijo.

—Estamos en paz —contestó ella—. ¿Qué te dijeron esos tipos?

—Una cosa muy curiosa; el lago tiene aquí unos cien metros de profundidad.

—Escalofríame —comentó Glenda.

—Sobre todo, teniendo en cuenta la temperatura del agua, en esta época.

—Te dejaste secuestrar, ¿eh?

—¿Y quién no, cuando oye que le apuntan dos pistolas a los riñones?

—Es verdad —admitió Glenda.

—Bien, pero aún no me has explicado qué te impulsó a desempeñar el papel de ángel salvador.

—Es bien sencillo; usando mis facultades deductivas.

—A ver, explícate.

—Tú dijiste que la oficina del notario Leblanc continúa funcionando.

—Sí, y en muchos sentidos —sonrió Nigel, al recordar las frases que había pronunciado la secretaria.

—Bien, como llamé a tu habitación y no contestabas, deduje que habías ido a la oficina de Leblanc. *Mea culpa*, la curiosidad pudo más que yo. Y la impaciencia.

—Comprendo. Sigue.

—Bueno, te vi salir de lejos, y entrar en el coche. Cuando

pasaste por mi lado, me pregunté por qué hacías de chófer para aquellos tipos. Más tarde, os vi subir a bordo. Entonces, alquilé una lancha. Los trámites me llevaron algunos minutos, pero me había fijado en el nombre y la matrícula de la motora en la que viajaban. Simplemente, la seguí de lejos...

—Y viste la explosión.

—Sí. ¿Qué deduces tú de todo esto, Nigel?

—En cierto modo, es bien sencillo. Alguien encomienda a dos tipos que me hagan desaparecer. Probablemente, dos profesionales, que no tienen relación con el asunto de la herencia, aunque sí habrán exigido un buen precio por su tarea. Incluso el que les pagó, proporcionó también las dos embarcaciones, una de ellas atiborrada de dinamita.

—Y todo eso, por los veinticuatro mil billetes.

—Sí. No hay duda de que esos billetes salieron de un Banco, y están en alguna parte. Los herederos murieron, y también los que debían ocupar sus puestos.

—¿Por qué, Nigel?

—Es un asunto ilegal o los herederos no habrían aceptado la proposición de, supongo, ser sustituidos por unos cadáveres, cambiando luego de personalidad. Pero el que les propuso el plan, juzgó mejor liquidar a todo el mundo, y quedarse con la «pasta».

—Cuyo paradero, por cierto, nos es desconocido.

—Sí, preciosa.

—¿Tienes aún interés en conocer el lugar dónde está el dinero?

—Sí.

—¿Por qué, Nigel?

—¿Por qué un tal *sir* Brian York-Blygh, a quien no conozco, ni jamás he oído nombrar, me dejó cuatrocientas mil libras en su testamento? ¿Por qué tenían que matarme? ¿Por qué tenían que matarte a ti? ¿No te hace eso sentir una viva curiosidad?

—Sí —contestó ella—. Pero no sé cómo podremos seguir investigando...

—Es bien sencillo, Glenda. Tengo en el bolsillo, si no se ha corrido la tinta, los nombres y direcciones de los otros cinco coherederos. Uno de ellos era Doris Humpetter, quien residía en la Avenida Bygdöy.

—Creo que comprendo. Tú planeas un viaje a Oslo.

De pronto, Nigel extendió la mano.

—Me parece que ahí se acerca la lancha policial —exclamó—. Déjame que yo me las entienda con ellos.

—O. K., jefe.

Glenda abrió la puerta, cruzó la sala con paso vivo, se asomó al dormiten: lo vio vacío, y abrió la puerta del cuarto de baño.

—¡Descarada! —la apostrofó Nigel, a la vez que envolvía precipitadamente la cintura con una toalla.

—Donde las dan... —dijo Glenda, con sorna—. He venido a comunicarte una decisión, Nigel.

—Soy todo oídos —contestó él.

—Voy contigo a Oslo.

Nigel parpadeó.

—Sientes ansias viajeras, ¿eh?

—Me perezco por visitar países extranjeros.

—Se nota que eres hija de papá.

—¡No me insultes! Tú no me conoces bien —protestó Glenda.

—Pero empiezo a conocerte. Por favor, ¿quieres salir para que pueda secarme a gusto?

—Está bien, hablaré desde la puerta —dijo ella, a la vez que daba medra vuelta. Un instante después, añadía—: Ya tengo comprados los pasajes.

—Eres rápida —elogió Nigel.

—Puesto que, de todas formas, íbamos a ir... Me parece que tú también tienes interés en este asunto. ¿O son rumores sin fundamento?

Nigel apareció, envuelto en una bata.

—Es una mujer sin ropas —dijo.

—¿Qué? —exclamó Glenda, desconcertada.

—La Verdad. Siempre se la representa por un desnudo de mujer...

—Oh, Nigel, ¿cuándo aprenderás a hablar en serio? Parece como si no te dieras cuenta de que la gente muere cómo moscas.

—Y nosotros nos hemos librado por los pelos. Pero sí, tienes razón: quiero viajar a Oslo. ¿Puedo darte las gracias por haber adivinado tus deseos?

—Se aceptan...

Nigel avanzó hacia la muchacha.

—Entonces, voy a expresarte mi gratitud de modo práctico —sonrió.

Glenda golpeó sucesivamente con el bolso las manos que ya avanzaban hacia su cintura.

—Las manos quietas, sátiro. Soy una chica decente —exclamó.

—Nadie lo duda, hermosa.

—Conviene que lo recuerdes. Ah, el avión despegará mañana, a las once.

—Estaré listo para esa hora.

De pronto, llamaron a la puerta.

Nigel y Glenda se volvieron al mismo tiempo. Al cabo de unos segundos, se repitió la llamada.

—¿Quién es? —preguntó Nigel.

—El botones, señor. Traiga una carta urgente para usted.

Nigel cruzó la salita y abrió la puerta. El botones le entregó un sobre.

—Me lo dio el conserje, señor. Acaban de traerlo.

—Gracias, muchacho. ¿Tienes algo de dinero suelto, Glenda?

—Sí, claro.

El botones hizo saltar la moneda en la palma de la mano. Glenda se acercó al joven, quien parecía indeciso, contemplando el sobre que tenía en las manos.

—¿No lo abres? —preguntó.

Nigel siguió callado. De pronto, Glenda alargó la mano para cogerle el sobre.

—Me mata la curiosidad...

—¡No lo toques! —exclamó él perentoriamente—. Este sobre sí que te mataría.

Glenda palideció.

—Oye, no irás a decirme que es una carta-bomba...

—Puede que sea demasiado suspicaz, pero, si he de abrirlo, lo haré sin riesgo.

El sobre quedó sobre una consola. Glenda se percató de que era bastante grueso, casi un centímetro, y sus dimensiones eran algo mayores que lo corriente.

—Voy a vestirme —anunció él—. Abriremos el sobre en un lugar donde no pueda causar daño alguno...

Glenda miró la carta con ojos morbosamente fascinados. Parecía

liviana, pero si contenía siquiera cincuenta gramos de explosivo era lo suficiente para volar la cabeza a su destinatario.

Minutos después, salían del hotel. En el camino, Nigel hizo algunas compras. El sobre viajaba en el asiento posterior del coche.

Una hora más tarde, en un paraje completamente solitario, Nigel sacó un delgado alambre, en uno de cuyos extremos había hecho un pequeño lazo, y lo hizo pasar con infinita lentitud por el diminuto hueco que había en uno de los ángulos superiores. Glenda, por consejo suyo, aguardaba expectante, a unos metros de distancia, prudentemente parapetada tras un grueso árbol.

El alambre, salió por el lado opuesto. Tenía unos cincuenta centímetros de largo, y Nigel hizo otro lazo en el extremo recto. Luego sacó un ovillo de cuerda, lo desenrolló por completo y ató los dos extremos a los lazos del alambre.

Acto seguido, dejó el sobre en el suelo, sujetándolo con una gruesa piedra que puso encima, muy despacio, de modo que la presión, se ejerciera de un modo gradual. Al terminar, se retiró lentamente, caminando hacia atrás, con la cuerda en la mano.

—Ven, Glenda.

Ella le siguió. Nigel le indicó un árbol, situado a unos veinte pasos del sobre.

—Siéntate, con la espalda apoyada en el tronco...

Glenda obedeció. Nigel estaba en un árbol cercano.

—¡Ahora! —dijo.

Tiró de la cuerda. Glenda sufrió una terrible sacudida, al escuchar el estampido. La piedra subió a un par de metros de altura, y cayó... al suelo pesadamente.

Una nube de humo se disolvió rápidamente en la atmósfera. Nigel cruzó el espacio situado entre los dos árboles, y se acercó a la muchacha, con la mano tendida.

—Has acertado —dijo Glenda, una vez en pie.

—Hasta que yo te lo permita, no aceptes obsequios de nadie, ni siquiera una copa, ni abras ninguna carta o paquete. ¿Entendido?

Ella, muy pálida, asintió.

—Parecía una bomba de mano —dijo.

—¿Has visto explotar muchas? —sonrió él.

De pronto, la atrajo hacia sí. Glenda no se resistió.

—Soy una débil mujer —sonrió.

—Una afortunada circunstancia, de la cual voy a aprovecharme canallescamemente —dijo él.

Y la besó.

Más tarde, ella le preguntó por qué había pronunciado la palabra «canallescamemente».

—Para evitar que la dijeras tú —contestó Nigel, tan fresco.

Todavía estaban abrazados. Ella se separó.

—Ya se me ha pasado el momento de debilidad —manifestó.

—Lastimoso —sonrió Nigel.

Regresaron al hotel. A los pocos minutos, sonó el teléfono.

—Sheridan —dijo.

—Hola amigo —habló alguien—. ¿Le entregaron mi carta?

—Sí. Contenía un mensaje muy interesante.

Sonó una risita.

—Me imaginé que no la abriría —dijo el desconocido—. Pero quisiera que lo tomase como una advertencia.

—¿En qué sentido, si se puede saber?

—Todavía hace mucho frío en Oslo. Adiós.

La comunicación se cortó. Nigel volvió el teléfono a su horquilla.

El aviso estaba bien claro: debía suspender su viaje a Oslo.

Pero iría, por supuesto.

Un poco más tarde, salió de la habitación. Había quedado en reunirse con Glenda en el comedor del hotel. Para matar el rato, decidió tomarse una copa en el bar.

Una mano golpeó, de pronto, su hombro.

—Hola, amigo —tartajeó Moore-Lewis.

Nigel miró críticamente a su amigo.

—La has pescado buena —comentó.

—Estoy vigilando a un tipo. Sígueme la corriente —susurró el agente del IS.

Y agitó una mano en dirección al *barman*.

—Mozo, otra de lo mismo —pidió con voz insegura—. A mi amigo, lo que quiera.

—Un escocés —dijo Nigel—. No debieras beber tanto, Algy —añadió, en tono de reproche.

—La corta es vida... digo la vida es corta —rió Moore-Lewis—.

Oye, ¿dónde está esa morerita que vació las *boutiques* de Lausana?

—Anda por ahí, Algy —contestó el joven, que en modo alguno

quería que su amigo continuara desempeñando su papel en la mesa que ira a compartir con Glenda.

—Es... una chica estupenda. —Moore-Lewis alzó su vaso—. A su salud... que la tiene estupenda.

Nigel sonrió. El barman se había alejado.

—Algy, ¿es peligroso el tipo? —murmuró.

—De lo peorcito que puedas echarte a la cara. Compréndelo, son veinticuatro mil billetes.

—Sí, es lógico.

—Han muerto va muchas personas por ese dinero, Nigel.

—Cuando uno piensa en esa cantidad de «pasta», es capaz de matar a todo el que se le ponga por delante.

—Ella era muy guapa —suspiró Moore-Lewis.

—¿Ella? ¿Quién, Algy?

—Doris. Una belleza en toda la extensión de la palabra. Hielo por fuera, lava ardiente por dentro.

Moore-Lewis tomó otro trago.

—Claro que la mayoría de las nórdicas son así —añadió. Palmeó el hombro de Nigel, y sonrió estúpidamente—. El tipo se larga. Voy tras él.

—Buena caza, Algy.

Moore-Lewis se marchó, con paso inseguro, aunque no imitado de una manera exagerada. Nigel se preguntó a cuál de los numerosos clientes del hotel, que abundaban en aquellos momentos en el bar y en el *hall*, podía seguir el agente del *Intelligence Service*. Pero, en aquel momento, llegó Glenda.

El vestido era amarillo y, debajo, estimó Nigel, había muy poca cosa más, salvo un cuerpo escultural. La elegancia del modelo no estaba en un escote osado o una espalda al descubierto, sino en la persona que lo lucía.

—Me siento embobado —confesó él.

—Ahora, el débil eres tú —rió Glenda—. Podría atarte una anilla a la nariz y hacerte bailar al son de un pandero.

—No lo dudes en absoluto —respondió Nigel.

CAPÍTULO VIII

A las cinco de la mañana en lo mejor de su sueño, sonó el teléfono.

Nigel maldijo al inoportuno comunicante. Alargó la mano, y levantó el aparato.

—Váyase al diablo.

—Tienes veinte minutos para vestirme —dijo Glenda—. Te espero, en el vestíbulo.

—Pero...

—No hables, actúa.

Glenda cortó. Nigel encendió la luz, y contempló el teléfono, perplejo.

—Esto sí que es tirarle a uno de la nariz —comentó con amargo sarcasmo, recordando la frase que ella había pronunciado la víspera.

Pero se despabiló y empezó a vestirse. Le sobraron casi cinco minutos.

Glenda estaba en el vestíbulo, en pie, junto a sus maletas.

—El taxi acuerda —dijo—. No te preocupes por tu cuenta —añadió.

—Sí... por no contestar de mala manera.

Un botones trasladó el equipaje hasta el taxi que ya aguardaba a la puerta. Apenas se acomodaron en el asiento posterior, el chofer arrancó a toda velocidad por las calles silenciosas, en las que las luces del alumbrado público se reflejaban sobre el asfalto mojado.

—Teñíamos dos pasajes para el vuelo de las once de la mañana, creo —dijo el transcurridos algunos minutos.

—Una vez comentamos algo acerca de mis facultades deductivas, me parece recordar —dijo ella.

—Sí.

—Bien, para mayor seguridad, haremos el viaje a Oslo en otro

avión.

—Podías habérmelo dicho —refunfuñó Nigel.

—Las paredes oyen —contestó ella socarrona—. En serio, no sé por qué... quizá sean sólo suspicacias mías, pero creo que mi teléfono estaba intervenido.

—¿En un hotel de lujo? —se asombró él.

—Cuando pedí los pasajes por teléfono, me pareció oír un chasquido raro, como si alguien levantara su teléfono al mismo tiempo. Hice luego algunas pruebas: pedí café, más tarde aspirinas... y siempre escuchaba el mismo chasquido.

—Eres lista, chica. Tal vez controlaban tus llamadas desde la centralita del hotel.

—Pudiera ser..., pero también cabe la posibilidad de una derivación a la habitación contigua, ¿no crees?

Nigel se acarició el mentón.

—En tal caso, ¿se te ocurrió investigar el nombre del posible ocupante de esa habitación?

—Sí, claro. Se llama Peter Münn. Un alemán, según parece.

—¿Lo has visto?

—No, y eso que lo intenté... incluso «equivocándome» de puerta; pero cuando yo entré en esa habitación, no había nadie.

—Bien, si eso que dices es cierto, alguien perderá el tiempo tratando de cerrarnos el paso hasta el aeropuerto.

Glenda sonrió.

—Lo he hecho bien, modestia aparte —dijo.

—Por ahora, así lo parece.

—¿Cómo? —protestó ella—. No lo parece; «es» —recalcó, indignada.

—Preciosa, no se puede decir nunca que una cosa saldrá bien... hasta que ha salido bien.

—Pero ya nadie sabe que nos vamos a esta hora. Y en un «Mystère» privado, además.

Nigel se pegó una palmada en la frente.

—¡Cómo se va a poner papá Green cuando se entere de la forma en que su niña despilfarra así el dinero!

—Nigel, si sigues en este plan, hago parar el coche, y te dejaré solo —exclamó ella, indignada.

—Soy británico. Tengo pleno derecho a expresar mi opinión

personal.

Glenda cruzó los brazos bajo el pecho, y apretó los labios. Ya no dijo nada más, ni siquiera cuando ascendieron la escalerilla del pequeño bimotor, que ya tenía los motores en marcha.

Una sonriente azafata les recibió en la puerta del aparato. El «Mystère» tenía ocho plazas de capacidad, pero sólo estarían ocupadas dos. La azafata les acomodó en los asientos y se despidió de ellos.

—El capitán les atenderá, si necesitan algo —dijo.

La puerta se cerró. Instantes después, el avión se deslizaba por la pista chorreante de humedad. Era todavía de noche cuando las ruedas dejaron de tocar el suelo.

La tierra se deslizaba vertiginosamente bajo el avión, a nueve mil metros de altura. El piloto y su ayudante no habían hecho aún acto de presencia.

De pronto, el avión sufrió una sacudida.

Glenda se sobresaltó. Estaba medio dormida, y abrió los ojos, al sentir el movimiento del aparato.

—¿Qué ha sido eso, Nigel?

El joven miraba a través de una de las ventanillas. Ella le vio repentinamente preocupado.

—Descendemos —exclamó él.

El «Mystère» perdía altura, aunque su picado no era demasiado pronunciado.

—Tal vez estamos llegando ya —sugirió Glenda.

—¿Llegar? Si ni siquiera se ve el mar —contestó Nigel.

La joven empezó a preocuparse también. El descenso parecía anormal, teniendo en cuenta que ni tan sólo se avistaban en lontananza las aguas de los estrechos que separan el continente de Escandinavia.

El descenso continuó todavía durante algunos minutos. A Nigel se le ocurrió la idea de una posible avería en alguno de los dos motores del aparato. El piloto buscaba capas de aire más densas, a fin de mantenerse en vuelo con mayor facilidad.

De pronto, el avión niveló. No obstante, para Nigel era claramente perceptible la disminución de la velocidad.

Se puso en pie.

—Hablaré con el piloto —dijo.

Entonces, sonó una voz por los altoparlantes de la cámara:

—Señorita, caballero, las mala el piloto. Debido a circunstancias que me ha imposible prever, me considero obligado a abandonar el avión. Está puesto el piloto automático, y todavía queda combustible para unos ochocientos kilómetros; esto es, a la velocidad actual, alrededor de dos horas. ¡Feliz amerizaje!

Glenda lanzó un grito. Nigel entrevió un bulto que pasaba oblicuamente hacia abajo, cerca del fuselaje del aparato.

—El piloto se ha lanzado en paracaídas —anunció.

Pegó su nariz a la ventanilla más cercana. Abajo, a unos cientos de metros, se divisaba un puntito oscuro, que caía velozmente hacia las tierras verdes de más abajo.

De pronto, vio salir el paracaídas.

Pero la tela blanca quedó en el aire. El puntito negro continuó su veloz descenso.

—¡Te está bien empleado, por idiota! —exclamó.

—¿Qué pasa, Nigel? —preguntó Glenda.

—Le pagaron para que nos abandonase... pero el muy estúpido no se dio cuenta de la gente con la que trataba. Su paracaídas estaba manipulado.

—Entonces, se estrellará...

Nigel decidió ser un poco morbosos:

—Una vez tuve que ir a recoger el cuerpo de un piloto al que le había fallado el paracaídas —dijo—. Estaba muerto, no hay quién resista el golpazo de una caída de cinco mil metros o más, como cayó aquel pobre tipo. Pero parecía intacto... Sí, sí, intacto. Cuando lo fuimos a recoger, lo que había dentro del traje de vuelo parecía pasta.

Se oyó un gorgoteo. Glenda estaba utilizando una de las bolsas situadas en el respaldo del asiento anterior al suyo.

—No vuelvas a contarme jamás cosas semejantes —protestó, poco después.

Nigel sonrió.

—¡Pero si pasó así, como te lo estoy diciendo! Es lo mismo que le pasaré a ese pobre tonto... Bueno, le habrá pasado ya.

Glenda utilizó la segunda bolsa. Cuando alzó la cabeza, vio a Nigel parado ante la puerta que conducía a la cabina.

—¿Qué vas a hacer? —gritó.

—¡Pilotar este maldito trasto! ¿Qué te creías?

Nigel había probado ya a abrir la puerta, pero estaba cerrada por dentro. Sólo había una solución.

Glenda le vio alzar el pie derecho y golpear con todas sus fuerzas. Algo mas rehecha, corrió a lo largo del pasillo, y entró en la cabina.

Nigel estaba sentado ya en el puesto del piloto. Extendió la mano derecha y dijo:

—Siéntate ahí, pero no pongas los pies en los pedales ni toques la barra de mando.

Ella obedeció temerosamente, contemplando, con ojos fascinados, los ligeros movimientos de la barra que tenía frente a sí, movimientos que eran realizados por la acción compensatoria del piloto automático.

De pronto, Nigel lanzó una maldición.

—¿Sucedé algo peor? —preguntó Glenda.

—Ese hijo de perra... Ha arrancado todos los cables de la radio. Hasta se llevó el micrófono...

—Entonces, ¡estamos aislados!

—Sí. Pero no te pongas histérica. Sujétate con el cinturón de seguridad, ¿entiendes? Voy a desconectar el piloto automático, y esto pegará unos cuantos bandazos hasta que lo domine. Por fortuna, ese imbécil se tiró a buena altura. Estamos a casi cuatro mil metros.

—¡Vaya tortilla! —exclamó la muchacha.

Nigel sonrió.

—Celebro que te lo tomes así —dijo—. ¿Preparada?

—Sí, Nigel.

—Bueno, allá va.

El aparato subió y bajó y se desvió a los lados, hasta que Nigel consiguió centrar los mandos y volar en línea recta.

—¿Eres piloto? —preguntó ella, admirada.

—Pero, nunca he volado en un reactor. Por fortuna, la velocidad es pequeña: el piloto tuvo que rebajarla a casi la mitad de lo que desarrollaba el aparato, antes de perder altura, o no hubiera y podido salir fuera.

Nigel miraba atentamente los indicadores. Había algunos que no conocía, pero podía entender la mayoría de ellos: combustible,

temperatura de los reactores, altímetro, brújula magnética, anemómetro, clinómetro... Cada una de las esteras llevaba el rótulo correspondiente, lo que le permitió darse cuenta cabal de lo que representaban la mayoría de los controles.

Miró hacia adelante. A lo lejos entreveía ya las espejeantes aguas del Skagarrak. Por tanto, tendría que virar ligeramente al Nordeste, para enfilar el aeropuerto de Oslo. Pero, de pronto algo chispeó a lo lejos, muy por delante.

El instinto le hizo inclinar la palanca. El morro del avión bajó. Apenas unos segundos más tarde, una enorme mole pasó por encima de ellos, a menos de cincuenta metros.

Glenda lanzó un chillido; Nigel se imaginó al piloto del gigantesco reactor de pasajeros, encontrándose en su ruta con un avión que no le había marcado ninguna torre de control. Habían esquivado la colisión por segundos.

Una lamparita centelleó a los pocos momentos.

—Mira, Nigel —exclamó ella.

—Es la radio. Pero no podemos oírla ni contestar a sus llamadas. Ese bandido sabía bien lo que se hacía.

—Hubieran podido guiarnos bien por la radio, ¿verdad?

—Sí, pero tendremos que apañárnoslas solitos. No te preocupes, nena; el señor Green no perderá a su hijita. Por cierto, ¿única?

—Hay dos más. Yo soy la mayor.

—¡Qué trío de bellezas! —rió él.

—Una tiene dieciséis años. La otra, sólo once.

—El señor Green es joven.

—Cuarenta y seis. Mamá tiene cuarenta.

—Un bombón.

—Tipo fresco...

—A esa edad, y conociendo a la hija mayor, la señora Green tiene que ser guapísima.

Glenda se reclinó en el asiento y sonrió, evidentemente halagada.

—Se casó a los diecisiete años —dijo.

—Lo cual significa que tienes veintidós.

—A punto de caer, Nigel.

—Que caigan cien más, hermosa.

—Pero que no caigamos nosotros, Nigel.

—Descuida. Haré lo que pueda.

Ya estaban encima del Skagarrak. Nigel viró unos pocos grados a estribor. El avión perdió velocidad, tanto por el viraje, como por haber reducido gases para probar.

La pérdida era muy acusada, y dio más gas a los motores. El morro se niveló.

—Estamos volando a ojo —informó.

—¿Quiere decir eso que no conoces la ruta?

—No, pero no tardaremos mucho en disponer de guías... ¡Ahí están!

Dos reactores de combate se acercaron, de pronto, viraron ceñidamente y se situaron a ambos lados del «Mystère». Nigel tiró de una palanca y bajó el tren.

—Hazles señas —dijo—. Es preciso que comprendan que no oímos ni podemos comunicarnos con ellos.

En los costados de los fuselajes, Glenda pudo ver los emblemas de la Fuerza Aérea noruega. Sujetando la barra con la mano, Nigel se tocó la boca, los oídos a continuación y luego hizo gestos negativos con la cabeza. El piloto de su lado, que volaba igualmente con el tren fuera, señaló hacia adelante. Nigel alzó el pulgar.

—Bueno, ya están ahí los perros de pastor —exclamó, satisfecho—. ¿Lo ves, nena? Ames de tirarte en paracaídas, comprueba la etiqueta de garantía. Es uno de los pocos artículos en que uno no puede ir a reclamar personalmente los defectos de fabricación.

—El problema estriba ahora en saber si vas a poder tomar tierra —dijo Glenda.

—No será fácil, desde luego pero no me cambiaría por cierto estúpido piloto al que no se le ocurrió examinar antes el paracaídas.

Los reactores noruegos marcaban claramente la ruta. Minutos más tarde, Nigel avistó el aeropuerto. El piloto de su lado le indicó, por señas, que todo estaba listo.

Nigel agitó la mano, con el índice y el pulgar en círculo.

—Bueno, allá vemos —dijo.

Miró a Glenda. Ella tenía los ojos cerrados, las manos juntas, y movía los labios silenciosamente.

Perdió altura. Cortó gases. Cuando vio que el altímetro marcaba ciento cuarenta nudos, notó que el avión caía. Tiró de la palanca hacia sí, a la vez que daba más gas. El aparato se niveló.

Notó que iba a «comerse» la pista, aceleró a fondo y tiró de la palanca más hacia sí, a la vez que metía el pie izquierdo. El «Mystère» se remontó, virando ceñidamente. Nigel calculó que los profesionales del aeropuerto debían de sentirse horrorizados.

Se fue muy lejos, volvió, perdiendo gradualmente altura, y velocidad, aunque sin bajar nunca de los ciento sesenta nudos.

—¡Agárrate, ya estamos! —gritó, de pronto.

En el último instante, tiró de la palanca hacia el pecho. Las ruedas tocaron el suelo. Hubo una especie de explosión chillona, y el avión rebotó, para caer de nuevo.

—Un aterrizaje catastrófico —comentó, mientras el reactor corría velozmente por la pista.

Cortó los gases. Los edificios del aeropuerto pasaron velozmente ante ellos.

La velocidad había bajado considerablemente, Nigel se aventuró a rozar los frenos. Los frenos respondieron. Hizo más fuerza. El reactor se detuvo fuera de la pista, pero sin daños para sus ocupantes.

CAPÍTULO X

Tocó con los nudillos en la puerta. Glenda gritó:

—¡Estoy en la bañera!

—¿Toda?

—Hasta el cuello, pero ni aún así te permito la entrada. Habla desde ahí, lúbrico individuo.

—¡Ingratitud, eres la hierba más común entre los sentimientos humanos! —se lamentó él—. Y yo que creí que ibas a llamarme «mi salvador», «ángel mío» y otras cosas por el estilo.

—No busques cierta clase de pago por tu acción. Conténtate con mi simpatía.

—Está bien. Dime cómo te encuentras.

—Con laringitis He hablado más que en todos los días de mi vida —respondió ella—. Esos oficiales de la policía noruega tardaron mucho en convencerse de que no era una espía.

—Lo mismo me ha pasado a mí —respondió él—. Pero aún no podemos considerarnos libres. Hay dos policías militares en el pasillo.

—No se fían de nosotros, ¿eh?

—Salta a la vista. Están comprobando nuestra historia.

Nigel se apoyó en el trozo de pared contiguo a la puerta del baño y encendió un cigarrillo.

—Se me ha ocurrido una idea, nena —dijo.

—Habla, te escucho.

—Hasta ahora, todos los tipos que han querido eliminarnos, han muerto después. Ninguno de ellos lo sabía, pero colaborar con el ladrón de los veinticuatro mil billetes, significa la muerte.

—Sí, es cierto.

—Helen Buttig, Luzzati, Georgia... y un sinnúmero más de fulanos que se han ido al diablo; el último, nuestro piloto. ¿Vas entendiendo?

—No, pero continúa.

—El autor de la trama tiene que enterarse, a la fuerza, que hemos salvado el pellejo. Por tanto, hará algo para quitarnos de en medio.

—No te muestras demasiado optimista. Nigel —le reprochó ella.

—Me atengo a la realidad, Glenda.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Teóricamente, es sencillo. En la práctica, ya es otra cosa. Se trata de encontrar al que tiene que liquidamos, pero antes de que lo intente. ¿Lo comprendes ahora?

—Desde, luego, pero ¿quién vendrá a eliminarnos?

Glenda salió del baño, envuelta en una bata y secándose la cabeza con una toalla.

—Eso es lo que no sé —respondió él—. Pero vale la pena averiguarlo, ¿no crees?

—Nigel, ¿cómo sabrá el ladrón que estamos aquí?

—Ya se enterará. Lo sabe todo. Pero es que, además recuérdalo, tenemos que ir a la avenida Bygdøy.

—Es cierto. Allí vivía Doris Humpetter.

—Tendría amistades, conocidos... quizá era casada. Averiguaremos detalles de su vida.

—¿Ahora?

De pronto, llamaron a la puerta.

Nigel cruzó la estancia y abrió. Un oficial de las Fuerzas Aéreas noruegas le saludó cortésmente. Tras presentarse, dijo que podían considerarse libres.

—Hemos comprobada su historia, —añadió—. Se ha encontrado el cuerpo del piloto, al sur de Hannover. Sólo le quedaban los atalajes; ahora están buscando el paracaídas.

—Al piloto ya no le importará —sonrió Nigel.

El oficial sonrió también y se marchó. Nigel se asomó viendo que los dos soldados abandonaban sus puestos.

—¡Libres, Glenda! —exclamó.

—Entonces, si no te importa, vuelve a tu habitación. Tengo que vestirme.

Nigel la miró de pies a cabeza.

—Lástima —dijo desvergonzadamente—. Me habría gustado ver un *strip-tease* a la inversa.

Glenda agarró una lámpara. Nigel salió corriendo, antes de que ella pudiera arrojársela.

Glenda le comunicó por teléfono que iba a visitar a su amiga, Nigel le aconsejó que tuviera cuidado, y ella prometió no descuidarse en ningún momento.

Al quedarse solo, reflexionó durante algunos minutos. Consultó su reloj. Los interrogatorios habían durado casi todo el día anterior, y además, habían permanecido confinados en el hotel, hasta las tres de la tarde del día siguiente al de su llegada.

Llamó por teléfono y pidió un taxi. Cuando salió del hotel, el coche aguardaba a la puerta. Nigel le entregó un papel con la dirección, y el conductor arrancó de inmediato.

Después de cruzar Amundsengate, entraron en Drammesvein. A la derecha quedaban los jardines que circundan el Palacio Real. Un poco más adelante, el conductor enfíló Bygdøy.

El taxi se detuvo frente al cuatrocientos ochenta y siete. Nigel ignoraba que, en aquellos momentos, unos prismáticos vigilaban todos sus movimientos.

Entró en la casa.

—¿Señora Humpetter? —preguntó.

—Sexta planta —informó el conserje.

Nigel ocultó su sorpresa. Aquel individuo actuaba con toda naturalidad. ¿Era que no sabía que Doris estaba muerta? ¿O había sido otra la que había muerto, ocupando su personalidad?

Subió a la sexta planta. Recorrió el pasillo, hasta ver el apellido Humpetter en una puerta.

Llamó.

La puerta se abrió. Nigel parpadeó al contemplar la exuberante rubia que había surgido ante sus ojos.

—¿Sí? —dijo ella.

—¿Habla usted inglés, señora? —preguntó Nigel.

—Desde luego. ¿Qué desea?

—Usted es la señora Humpetter... ¿Doris?

—No, Olga.

—¡Ah!

—¿Por qué ese ¡Ah!?

Nigel sonrió.

—Señora, desearía hablar con usted. Acerca de Doris —dijo.

Olga se echó a un lado, con gesto indolente.

—Entre —invitó.

Nigel se descubrió. En Oslo, y a finales de abril, hacía todavía bastante frío. Olga, sin embargo, no parecía notarlo, a juzgar por la ligereza de su indumentaria. La calefacción estaba a toda presión; allí había, al menos, 27 grados, calculó Nigel, mientras se desabrochaba el chaquetón forrado de piel.

Olga destapó un frasco de vidrio tallado.

—¿Vio morir a Doris? —preguntó.

—La vi muerta. Yo me salvé por los pelos, señora Humpetter. Perdón, no me he presentado todavía. Me llamo Nigel Sheridan.

Olga se le acercó, ondulando, insinuante, y le entregó una copa.

—Le esperaba, Nigel —declaró sorprendentemente.

El visitante quedó en pie, con la copa en la mano, mientras ella se sentaba en un diván y cruzaba las piernas.

—Sabía que iba a venir —dijo Nigel, al fin.

—Sí.

—¿Quién se lo ha dicho?

—El que lo sabe todo.

—¿Qué? —Respingó Nigel.

—Me dijo que usted había asesinado a mi hermana. No sentía hacia ella el menor afecto, pero era mi hermana.

—Lo siento, señora...

—Olga, por favor —sonrió ella—. ¿No bebe?

—¿Cómo se llama el que lo sabe todo? —preguntó.

Nigel dejó la copa sobre una mesa.

—Deen Byland... Ah, no hay veneno en el *whisky*, Nigel.

—Por si acaso. ¿Qué le dijo, Olga?

—Ya lo ha oído. Usted mató a Doris.

—No es cierto.

—Lo sé.

Nigel arqueó las cejas.

—Odiaba a mi hermana —confesó Olga—. Me quitó a mi esposo.

—Era mayor que usted —dijo Nigel astutamente.

—No, tenía tres años menos. Pero murió asesinada, y era mi hermana, a pesar de todo.

—¿Dónde está Deen Byland?

—¿Le gustaría hablar con él?

—Sí, pero también me gustaría saber una cosa.

—Dígame, Nigel.

—¿Cómo puede afirmar que yo no maté a su hermana?

Olga rió suavemente.

—Doris me habló de Byland, en cierta ocasión. Aunque yo la odiaba por lo que me hizo, de cuando en cuando, nos veíamos.

—Ella vivía aquí...

—La casa es mía. Eche a Doris, cuando me quitó a mi esposo.

—Entiendo. ¿Qué dijo el señor Humpetter?

—Humpetter es nuestro apellido de solteras. Yo lo recobré al quedarme sin mi marido, mediante la ley, claro.

—Entiendo. Así pues, Doris conocía a Byland.

—En efecto. Yo también, pero con menos intensidad.

Nigel sonrió.

—Si yo hubiera sido Byland, nuestro conocimiento mutuo habría sido muy intenso —dijo.

Olga entornó los ojos.

—Byland me habló pésimamente de ustedes. Y cuando Byland habla mal de una persona, hay que creer exactamente todo lo contrario. Ven, siéntate a mi lado, y te contaré muchas cosas de Byland —dijo, tuteándole de repente.

Nigel sonrió. De pronto, reparó en el gran ventanal de la sala.

Caminó unos pasos, y descorrió la cortina. Luego, se sentó junto a Olga.

Momentos después, sonó el teléfono. Olga alargó el pie, y tiró la mesita al suelo. El teléfono dejó de sonar. Olga se sentía muy bien, entre los fuertes brazos del visitante.

El coche, conducido por Olga, abandonó la autopista E-6,

y rodó hacia el Este por la carretera 120. A pocos kilómetros, sin embargo, Olga se metió por un camino particular, flanqueado por abetos y abedules. No tardaron en divisar las luces de una residencia escondida entre el bosque.

—Byland me aguarda ahí —dijo Olga.

—Has dicho que tiene una sala de fiestas en Oslo. ¿Por qué no

quería que fueses a verle allí?

—Eso es lo que tú tienes que averiguar, Nigel —respondió ella.

—De acuerdo.

El coche se detuvo ante lo que parecía una cabaña de troncos, pero que, en realidad, era una casa de recreo, cuyo falso aspecto rusticidad saltaba a la vista. Alguien miró a través de una ventana, pero Nigel estaba ya encogido en el asiento.

—Ve tú primera —murmuró.

Ella asintió. Nigel salió del coche casi a rastras, y se acercó a la puerta de la falsa cabaña.

Olga llamó. La puerta se abrió. Asomó una mano armada.

Otra mano alzó la pistola. El disparo se perdió en las alturas.

—¡Apártate, Olga!

La noruega obedeció en el acto. Fascinada, contempló la breve lucha, que terminó cuando Byland recibió un devastador derechazo encima del cinturón de sus pantalones.

Byland retrocedió tres o cuatro pasos y, acabó cayendo sentado al suelo, con los ojos llenos de lágrimas. Era un tipo grueso, seboso, de rostro casi apoplético.

—Cierra, Olga.

—Sí —contestó la nórdica.

Nigel se inclinó y recogió la pistola.

—Olga, aunque no el autor directo, Byland ha sido cómplice de la muerte de tu hermana —dijo.

—Escuche, yo no...

—Cállese —ordenó Nigel, cortando en seco las protestas de Byland—. Olga, ¿ha visto alguna vez torturar a un hombre?

—No, pero me gustaría —respondió ella tranquilamente.

Byland se puso en pie.

—Usted no hará eso que ha dicho —exclamó, muy asustado.

Nigel le apuntó con la pistola.

—Tiéndase boca abajo —ordenó.

Temblando de pánico. Byland hizo lo que le decían.

—Olga, hay cortinas —añadió Nigel—. Tráeme cordones en abundancia.

—Está bien.

Momentos después, Byland quedaba completamente atado de pies y manos. Había una gran chimenea encendida, situada en uno

de los ángulos de la sala. Nigel contempló las llamas durante unos momentos.

De pronto, se inclinó y quitó los zapatos a Byland. Agarró unas tenazas y sacó una brasa de buen tamaño.

—Olga, si te molesta el olor de la carne quemada, tápate las narices —aconsejó.

—Tengo un perfumador de bolsillo —respondió ella, sonriendo—. Adelante, Nigel, no te preocupes por mí.

—¡No! —chilló Byland—. Hablaré, pero no me queme.

—El tipo es blando —rió Nigel—. ¿Qué te parece, Olga?

—Asqueroso —definió la consultada.

La brasa rozó uno de los pies de Byland.

—¡Fue Riccio! —chilló.

—¡Riccio! —exclamó Olga, atónita.

—¿Lo conoces? —preguntó Nigel.

—No. Bueno, es decir... Lo vi una vez. Estaba hablando con Doris... Ella me lo presentó. No sé más, Doris no me dijo el tema de la conversación, y yo no insistí. Nuestras relaciones, ya lo sabes, eran muy frías.

—Sí, claro. Byland, ¿dónde esté Riccio ahora?

—No lo sé —jadeó el prisionero.

La brasa empezaba a perder calor. Nigel la tiró al hogar y tomó otra.

—Escuche, Byland —dijo con voz metálica—. Han muerto muchas personas; en cierta ocasión nueve de golpe. Yo mismo he estado a punto de morir aún no hace veinticuatro horas. Olga tenía el encargo de traerme aquí para una entrevista. Usted nos habría matado a los dos. ¿Cree que me voy a detener en consideraciones? ¡Si el fuego no basta, usaré su propia navaja de afeitar para arrancarle la piel a tiras! —concluyó amenazadoramente.

CAPÍTULO X

Byland se rindió.

—Riccio llegará mañana —dijo.

—¿Dónde piensa hospedarse? —preguntó Nigel.

—Aquí... Vendrá directo del aeropuerto...

—¿Cuál es el objetivo de su viaje?

—Me pagará... cincuenta mil libras...

—En billetes, supongo.

—Sí, eso dijo.

—¿Vendrá solo?

—No lo sé...

—¿Hora?

—Más o menos, ésta.

—Siga hablando, Byland.

El gordo estaba completamente desmoralizado. Al terminar, Nigel lanzó un suspiro de satisfacción.

—Por fin —dijo.

—Por fin, ¿qué? —preguntó Olga.

—Hasta ahora, siempre llegué tarde cada vez que quería hablar con alguno de los miembros de la pandilla. Por fortuna, en esta ocasión he llegado antes de que alguien se lo «cargase».

—Parece que mataban a la gente como moscas —comentó Olga.

—No puedes darte una idea. Han tenido muchos gastos, en efecto, pero, aun así, les quedarán limpios, calculo, dos millones de esterlinas.

Olga se sentó de golpe en un sillón y levantó los pies por alto.

—¡Voy a desmayarme! —anunció—. Con razón se sentía tan contenta mi hermana, cuando se marchó a Suiza.

—¿Te dijo los motivos?

—No, pero daba saltos de dos metros de altura. Y nunca había sido aficionada al atletismo.

Nigel se echó a reír.

Luego se puso serio.

—Lo malo es que no sabía que iba a morir —dijo.

Olga le miró fijamente.

—¿Qué harás ahora? —preguntó.

Byland continuaba en el suelo.

—Le dejaré más atado —respondió Nigel, con la vista fija en el seboso—. Mañana vendré a esperar a Riccio.

—Yo vendré contigo —exclamó Olga.

—Hermosa, no sabes lo que te dices. La entrevista de mañana será muy seria. Quédate en casa.

—Contigo, Nigel.

El joven no contestó. Se acercó a Byland, lo izó a pulso y lo dejó sentado en un sillón, al cual le ató con más trozos de cordón de las cortinas y hasta tiras de una sábana.

—Vendrá mañana por la mañana —prometió.

—Pero no pueden dejarme aquí, atado... —sollozó Byland.

—¿De veras cree qué no podemos? —se burló Nigel—. Anda, vamos. Olga.

Apagaron la luz al salir. Más tarde, al llegar a Oslo, Nigel puso una excusa y se separó de Olga, cosa que a la noruega no le agradó demasiado, aunque tuvo que resignarse.

Nigel se dirigió al hotel y se sintió tentado de hablar con Glenda, pero ya era demasiado tarde. Le pareció un tanto indiscreto molestarla, se metió en su habitación y apagó la luz.

Casi en el mismo momento, alguien encendía las luces de la residencia de Byland.

—¡Riccio! —gritó el seboso.

Los ojos del recién llegado recorrieron cautelosamente el interior de la sala.

—¿Estás solo? —preguntó.

—Sí, hace una hora que se fueron... Vamos, suélteme —pidió Byland ansiosamente—. Ha adelantado su viaje...

Riccio meditó unos instantes.

Luego sonrió.

—Claro, hombre —dijo.

Y avanzó hacia el sillón.

Momentos después, Byland quedaba suelto a medias. Sus manos

y sus pies continuaban ligados, pero ello, sin embargo, no le impidió ponerse en pie.

—Vamos, corte mis ligaduras —exclamó, impaciente.

De pronto, Riccio le propinó un tremendo empujón en la espalda. Byland cayó al suelo y lanzó un grito de dolor.

—Pero ¿qué diablos...?

Impasible, Riccio agarró una de las tiras de sábana y la ató a las ligaduras que sujetaban los tobillos del sebo. De pronto, pareció recordar algo y, sacando un pañuelo del bolsillo se inclinó sobre el caído, al que dio la vuelta con una mano.

—Riccio, ¿qué demonios pretende? —preguntó Byland, sudando copiosamente a causa del pánico que le invadía.

Riccio sonrió perversamente. Con la mano izquierda, apretó la nariz del gordo, hasta que Byland, sintiendo que le faltaba aire, abrió la boca. Entonces, Riccio le metió todo el pañuelo.

—Pueden oír tus gritos —dijo.

Agarró la tira de sábana y empezó a remolcar a Byland.

—Pesas como un cerdo de feria —dijo con un gruñido de enojo.

El bosque era muy espeso. Riccio llevó a su prisionero hasta un punto en el que abundaban los matorrales. Byland sentía un terrible dolor en los pulmones. El aire que recibía era insuficiente para su respiración.

Con sadismo sin igual, Riccio rasgó una pernera de los pantalones de Byland y metió dos trozos de tela en las fosas nasales. Lo que sobró fue a parar a la boca comprimiendo más el pañuelo. Byland perneaba frenéticamente, con violentísimos espasmos. Riccio dio media vuelta y se marchó cuando Byland todavía continuaba vivo.

—Mañana, con tiempo, lo enterraré —se dijo.

Llegó junto a la cabaña. El coche estaba parado frente a la puerta.

En el asiento posterior había una persona dormida.

Riccio cargó con ella, entró en la casa y la dejó tendida sobre un diván.

—Es muy guapa —comentó.

Pero luego, para evitar que la prisionera se moviera al despertar su sueño, la ató de pies y manos.

Nigel despertó relativamente temprano a la mañana siguiente.

Sintióse tentado de telefonar a Glenda, pero pensó que ella podía estar dormida todavía y decidió posponer la llamada.

Después del baño y afeitado consiguientes, se vistió. Estaba terminando cuando llamaron a la puerta.

—¿Glenda?

—No, señor, soy el botones. Traigo una carta pana usted, señor Sheridan.

Nigel abrió la puerta, entregó una moneda y se quedó con el sobre en las manos. Precavido, lo tanteó. Incluso lo examinó al trasluz.

Esta vez no era una carta-bomba. Rasgó el sobre, extrajo una cuartilla, doblada, la desplegó y leyó:

Si quiere volver a ver viva a Glenda Creen, acuda a la cabaña de Byland antes de las 24.00. Ella morirá a las 00.01.

Pero también puede morir antes, si viene acompañado o avisa a la policía.

Las manos de Nigel se crisparon en torno a la cuartilla. Maquinalmente, consultó el reloj.

—Las nueve y media —murmuró.

Reflexionó largamente. El mensaje era una trampa.

Su autor sabía que acudiría al rescate de Glenda, costase lo que costase.

Y cuando estuviese allí, morirían los dos.

La cabaña de Byland era un lugar ideal para fines de descanso: solitaria, tranquila, alejada de las aglomeraciones urbanas...

Un lugar ideal también para matar, sin que nadie se enterase.

Durante unos minutos más, continuó sentado en una silla, tratando de hallar un plan que le permitiese rescatar a Glenda sin daño; para ninguno de los dos. Al fin, creyó dar con una buena idea.

Levantó el teléfono y marcó un número.

Una voz soñolienta contestó a los pocos instantes.

—¿Diga...?

—Olga, vístete en el acto —dijo Nigel—. Te necesito.

—¿Qué ocurre?

—No hagas preguntas. Tienes treinta minutos para estar en la esquina de Bygdøy y Kirkeveien, con el coche en marcha. Yo pasaré lentamente con uno alquilado. Arranca, pero pásame sin adelantarte demasiado. Cuando te haga señales los faros, párate. Voy a repetir

las instrucciones. Luego me las repetirás tú; es muy importante, ¿comprendes?

—Sí, Nigel.

Cinco minutos después, Nigel llamaba a la recepción y pedía un coche alquilado, cuando subió al automóvil, pudo ver otro que arrancaba al mismo tiempo, a unos veinte metros detrás de él.

Sonrió. Ya se figuraba que lo espiarían. Por fortuna, no habían intervenido el teléfono.

Minutos más tarde, entraba en la avenida Bygdøy. Siguió su curso, respetando escrupulosamente las señales de circulación. El coche seguidor le iba a la zaga sin perderle de vista un solo instante.

Cuando llegó a la esquina de Kirkeveien, vio a Olga, ya en su coche. Ella lo hizo arrancar en el acto y le pasó, situándose a unos treinta metros por delante.

Durante unos minutos los tres vehículos continuaron en caravana, marchando a una velocidad moderada. De pronto, Nigel lanzó un par de ráfagas de luz.

Frenó en seco. El automóvil seguidor se le echó encima, sin que su conductor tuviese tiempo de frenar. Se oyó un fuerte golpe.

Nigel dio marcha atrás, con el gas a fondo. El otro vehículo retrocedió y chocó contra que llegaba en aquel instante. Se oyeron más ruidos.

El coche perseguidor quedó literalmente emparedado. Nigel saltó del suyo, y corrió harta el de Olga, que aguardaba a los pocos instantes. Se oyó el silbato de un policía.

Ella tenía ya la portezuela abierta.

—Menudo jaleo has armado —dijo.

Nigel miró hacia atrás. Los ocupantes del coche seguidor se peleaban ferozmente con el que había llegado a continuación. Un policía de circulación acudía a poner paz entre les contendientes. Nigel se echó a reír y sacó cigarrillos.

—Olga, dobla por la primera esquina —pidió.

La nórdica obedeció cinco segundos después.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Tengo que alquilar un helicóptero —dijo él—. ¿Conoces tú algún sitio donde pueda conseguirlo?

—Sí, tengo un amigo que...

—¡No hables más! Para.

Oiga no acababa de reaccionar. Pero unos segundos más tarde, había abandonado su coche y se encontraba a bordo de un taxi, a cuyo conductor dio la dirección del amigo que alquilaba helicópteros.

CAPÍTULO XI

El amigo de Olga que alquilaba helicópteros, y además, los pilotaba si era preciso, se llamaba Johann Haugesund. Olga habló con Haugesund, contándole lo que Nigel le había dicho podía explicar, y el piloto se mostró dispuesto a cooperar con el británico.

Olga, sin embargo, se negó a subir en helicóptero.

—Me gusta tener los pies firmemente asentados en el suelo —dijo—. Te espero aquí, Nigel.

—No. Y, más todavía, no vuelvas hoy a tu casa. Piensa en Doris. Olga palideció.

—¿Tú crees...?

—Seguro —afirmó Nigel—. ¿Vamos, Johann?

—Quédate en mi oficina —dijo Haugesund—. Aquí estarás segura.

Ella hizo un geste de resignación.

—Puesto que no hay más remedio...

—Es lo que más te conviene. ¿Vamos, Johann? —dijo Nigel.

Los dos hombres se dirigieron al helicóptero, que un mecánico había probado minutos antes. El mecánico hizo un gesto de que todo estaba en orden. Nigel y Haugesund subieron al aparato y el rotor empezó a girar.

Haugesund conocía ya la ruta que debía seguir. A los pocos momentos, el helicóptero se había elevado ya a unos cientos de metros y volaba hacia el Este.

Nigel alistó los prismáticos que le había prestado el piloto. Olga, por su parte, había marcado ya en un mapa el punto aproximado donde se encontraba la cabaña de Byland. Haugesund voló paralelamente a la carretera 120, a unos trescientos metros al sur de la misma, y luego hizo un viraje en ángulo recto.

—Suba quinientos metros más —pidió Nigel de pronto.

El helicóptero ganó altura, Nigel, atrás y a la izquierda del

piloto, examinaba el terreno constantemente, con la ayuda de los prismáticos. Debajo de él se extendía un terreno casi completamente llano. Cubierto de un sinnúmero de árboles.

De pronto, Nigel divisó a lo lejos una residencia algo aislada de las demás.

—Johann, siga recto tres mil metros más, vire luego hacia el Norte, tres mil metros en ese rumbo y luego recto al Oeste —indicó.

La residencia de Byland quedaba a más de mil quinientos metros. A Nigel no le interesaba tanto su situación como conocer los alrededores. Una vez localizada, se dedicó a estudiar el bosque.

De pronto, cuando ya iban a iniciar el viraje hacia el Norte, señaló un pequeño claro.

—¿Qué le parece ahí, Johann? —consultó.

—¿Ahora? —dijo el piloto.

—No. A la noche, es decir, apenas haya terminado el crepúsculo.

—Serán poco más de las tres de la tarde, Nigel.

El británico consultó su reloj de pulsera.

—Son las once —dijo—. Hay tiempo.

Volaban a unos mil metros del suelo. La distancia, desde la vertical, era de unos mil quinientos metros, lo que hacía que la distancia real fuese de mil ochocientos. Nigel examinó las indicaciones de los prismáticos. Veinte aumentos. Por tanto, veía los detalles como a noventa o cien metros.

De pronto, divisó a dos hombres que regresaban del bosque hacia la casa. Uno de ellos era portador de una pala y un pico. Aun con la ayuda de los prismáticos, la ligera trepidación del aparato impedía fijar las imágenes lo suficiente para reconocer los rostros.

—Johann, siga adelante. Volveremos dentro de media hora. Puede que hayan visto el helicóptero, pero si diésemos otra pasada seguida, podrían sospechar.

Haugesund asintió. A la media hora regresaron.

En la puerta de la residencia, había un hombre.

—Un centinela —murmuró Nigel.

La parte de atrás no estaba vigilada. El centinela miraba constantemente hacia el camino particular que conducía a la carretera 120.

Volvieron al aeropuerto. Cuando llegaron a las oficinas de Haugesund, Olga les acogió con bocadillos y cerveza.

—Piensas en todo —sonrió Nigel.

—La tripa vacía impide pensar —dijo ella—. ¿Has descubierto algo?

—Sí. —Haugesund había ido al lavabo. Ellos estaban solos—. Juraría que han enterrado a alguien en el bosque.

Olga palideció.

—¿Byland?

—Seguro. Pero en esta ocasión, tuvimos suerte.

—¿A pesar del secuestro de Glenda?

—Casi lo prefiero. Ellos tienen a Glenda como una especie de cartucho de reserva. O, si te gusta más, como un cebo. Pero, al mismo tiempo, yo he creado las condiciones ideales para el desenlace final.

—Siento escalofríos —dijo Olga.

—A la noche jugaremos la última partida.

Haugesund salió y agarró un bocadillo.

—Necesito que alguien haga una llamada a un taxi —dijo Nigel.

Olga levantó el teléfono.

—¿Ahora? —preguntó.

—No. Espera. A las seis en punto, fíjate bien, pero ni un minuto antes...

Nigel habló brevemente. Al terminar, Olga asintió.

—Está bien —dijo—. Supongo que el taxista no correrá ningún peligro.

—No. Simplemente, le despedirán. Tu llamada será anotada en su compañía y ellos lo sabrán. Por tanto, le despedirán diciendo que se trata de una broma de mal gusto. El taxista jurará, se pondrá furioso, pero no tendrá más remedio que volverse.

—Si tú lo dices...

—Así será. Luego ya nos enteraremos quién es el hombre y le daremos una buena propina. ¿Entendido?

Olga suspiró.

—Me gustaría ir contigo, pero, aparte de que no serviría para nada, con lo miedosa que soy, lo único que conseguiría sería estorbar —dijo.

Nigel se inclinó y la besó en una mejilla.

—Recibirás el premio adecuado —prometió.

—Sí, sí... Glenda será la que se lo lleve —contestó Olga son

sorna.

A las tres y cuarto de la tarde, cuando ya las sombras de la noche nórdica se extendían sobre el bosque, el helicóptero se detuvo a unos metros del suelo. Nigel descendió, con el pie derecho metido en una eslinga, de la que se soltó apenas tocó tierra. Agachado, corrió unos metros, se irguió y agitó la mano. Haugesund correspondió con un gesto análogo, izó la eslinga y se alejó, a la vez que ganaba altura.

Nigel inspiró con fuerza. Llevaba una brújula luminosa en el bolsillo. Conocía perfectamente la orientación de la casa. La distancia era de tres kilómetros, los cuales podía recorrer, si era preciso, en media hora, pero no le interesaba llegar antes de tiempo. Aguardó a que la noche cerrase por completo y echó a andar sin prisas hacia la residencia de Byland.

CAPÍTULO XII

El tipo de las viruelas y de la cicatriz, se llamaba Hugo Wanslau. Se acercó a la prisionera y le quitó las cuerdas de las manos.

—Muy gentil de su parte, Hugo —dijo Glenda.

—La ataré en cuanto haya comido —gruñó Wanslau, a la vez que le entregaba una bandeja con bocadillos y una taza de té.

Riccio entró en aquel momento.

—Vigila, Hugo —ordenó.

—¡Cuidado, Hugo! —advirtió Glenda.

Wanslau se volvió.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Estás condenado a muerte —rió ella—. Como los que quisieron ahogar a Sheridan en el Leman. Y como el piloto del «Mystère», por no citar más que un par de ejemplos.

—Fuera, Hugo —dijo Lucio secamente—. Y usted, cálese.

Glenda soltó una risica.

—Estoy hablando con un cadáver viviente —exclamó—. ¿Cuánto cree que durará vivo, Jean?

Riccio se inclinó hacia ella.

—Le diré una cosa: estoy de acuerdo con todo lo que ha sucedido hasta ahora —murmuró.

—No me extraña. Incluso le creo. Pero eso no será obstáculo para que llegado el momento, el jefe le «apiole» como a los demás.

Riccio se abrió la chaqueta y enseñó las culatas de dos pistolas, que llevaba en sendas fundas, sujetas al cinturón. Eran revólveres de cañón muy corto, con las culatas hacia el centro.

Glenda soltó una risita.

—Parece un pistolero de película —observó.

De pronto, se oyó un ruido de automóvil en el exterior. Wanslau asomó la cabeza.

—Es el jefe —informó.

Un hombre entró en la cabaña, momentos más tarde, portador de una maleta rígida, negra, con cantos de metal pavonado.

—Veinticuatro mil billetes de cien libras —dijo Glenda.

El recién llegado la miró fríamente.

—No ha respondido su amigo, ¿verdad? —murmuró.

—Sabe que esto es una trampa y no vendrá —contestó ella.

—Bien, en tal caso, a las doce y un minuto, la mataremos. ¿Hay algo de beber, Jean?

—Sí, señor —contestó Riccio servilmente.

La maleta quedó sobre una mesa. El jefe tomó la copa que le ofrecían y sonrió al mirar a su prisionera.

—Salud —brindó.

—En su lugar, yo no bebería —dijo Glenda—. A lo mejor, Riccio le ha puesto un veneno.

El jefe respingó, cuando ya había trasegado la mitad del contenido de la copa. Corrió hacia la chimenea y espurreó lo que tenía en la boca.

—¡Eso no es cierto! —chilló Riccio—. No hay veneno en la casa ni para matar a un ratoncillo.

Glenda soltó una risita. Dejó la bandeja a un lado y alargó los brazos.

—Pueden atarme las manos —dijo.

—Riccio, tómate dos tragos bien largos de la botella —ordenó el jefe.

—Claro que sí —rezongó el aludido—. ¿Acaso ha creído lo que le ha dicho esta fulana?

—Ha sido una broma —dijo Glenda—. Pero lo cierto es que, tanto usted como Hugo, están condenados a muerte. Piensan que van a recibir una importante parte de los veinticinco mil billetes y lo único que conseguirán será unas cuantas balas.

—Hugo y Jean se han portado lealmente. No han cometido un solo fallo. Yo también seré leal con ellos —aseguró el jefe.

Riccio sonrió, mientras se acercaba el vaso a los labios.

—Ya lo ha oído, guapa —dijo.

Después de beber dos buenos tragos, se acercó a la joven y le ató las muñecas.

—Antes de las doce de la noche, llegará su amiguito. Entonces, tendremos el gusto de «apiolarlos» a los dos —se pavoneó, después

de comprobar la solidez de las ligaduras.

—Es la primera vez que hablo con un condenado a muerte — contestó Glenda, sin inmutarse.

Pero, aunque aparentaba calma y sangre fría, lo cierto era que no se sentía tranquila en modo alguno. La cabaña era el lugar ideal para descansar del ajetreo de la semana... y también para asesinar a la gente sin que nadie se enterase. Byland era una buena prueba de ello. Riccio y Wanslau habían vuelto quejándose de lo cansados que estaban, después de cavar una tumba.

Miró hacia la ventana. Hacía ya mucho rato que era de noche. ¿Cuándo llegaría Nigel?, se preguntó, repentinamente desanimada.

El jefe bebió un trago. Miró la hora de su reloj.

De pronto, dijo:

—Jean, date una vuelta en torno a la casa. Nigel podría venir por retaguardia.

—Sí, señor.

Riccio salió. Glenda y el jefe quedaron frente a frente.

—Nigel se va a sorprender mucho cuando me vea —dijo él.

—No lo crea. Pienso que ya lo sabe —respondió ella.

Durante unos segundos, el hombre pareció sentirse desconcertado. De repente, se abrió la puerta.

—¡Jefe! —exclamó Wanslau—. Se acerca un coche. Debe ser él.

Los nervios de Glenda se pusieron en tensión. El jefe reaccionó.

—Ocúltate tras una esquina. Jean hará lo mismo. Dejadle que entre. Entonces, le sorprendéis por la espalda, pero sin disparar, a menos que vaya armado.

—Está bien.

La voz de Riccio sonó en el exterior. Momentos después, se oyó el ruido de los frenos de un coche que se detenía ante la casa.

Alguien dijo:

—¡El taxi para el señor Byland!

Hubo un momento de desconcierto entre los tres forajidos. El jefe salió a la puerta y dijo que allí nadie había pedido un taxi. El conductor se puso a vociferar como un energúmeno, maldiciendo a los bromistas que le habían hecho desplazarse desde Oslo hasta la cabaña.

Riccio cortó los improprios del taxista, metiéndole diez coronas en un bolsillo.

—Lárguese —dijo, abruptamente.

El taxista volvió a su coche. Riccio se asomó a la puerta.

—¿Por qué diablos tuvo que venir ese tipo? —preguntó.

—Eso es una trampa de Nigel —exclamó el jefe—. Rápido, a la puerta de atrás. Hugo, sigue donde estás.

Riccio dio media vuelta y recorrió la casa, pegado a la pared, con uno de sus revólveres en la mano. De pronto, sintió que unos dedos se aferraban fuertemente a su pelo.

Una mano le quitó el revólver. Luego, su cara se estrelló contra el muro y se desplomó silenciosamente, tan sin sentido como el tronco contra el que su nariz acababa de aplastarse.

Nigel se inclinó sobre él y se apoderó del revólver. Al hacerlo, vio el brillo de un segundo revólver en el cinturón de Riccio. Una idea acudió a su mente en el acto.

Con todo cuidado, sacó el revólver y llenó el cañón de tierra, atacándola con el meñique. Limpie luego bien el exterior del cañón y volvió el arma a su sitio.

Acto seguido, entró por la ventana que tenía más cerca y cuyo bastidor había podido levantar antes de la llegada de Riccio. Una vez dentro de la casa, avanzó paso a paso hacia la sala.

Oyó voces. La de Glenda sonó burlona:

—Ven fantasmas hasta en la sopa. ¿Han capturado ya a Nigel?

—Le pondremos la mano encima, descuide —contestó el jefe de mal talante.

La puerta de la sala se abrió muy despacio.

—Es ocasión de que hagas buenas tus palabras, Algy —dijo Nigel.

—¡Tararí! —gritó Glenda, imitando el sonido de una trompeta—. La Caballería ha llegado en el momento más crítico.

Moore-Lewis se inmovilizó en el acto al ver el revólver que empuñaba su amigo.

—Eres astuto, Nigel —dijo.

—Hay otro en la puerta —avisó Glenda.

Nigel asintió, si quitar la vista de Moore-Lewis.

—¿No me preguntas como he llegado hasta aquí, Algy? —sonrió.

—Mejor te preguntaría cómo llegaste a la conclusión de que era yo —dijo el interpelado.

—Cometiste un desliz. En Lausana, en el bar del hotel,

mencionaste a Doris. Suspiraste claramente por su muerte. Yo no la había mencionado para nada. Los periódicos no habían identificado aún ninguno de los restos humanos hallados entre las ruinas de Villa Grette.

Moore-Lewis se dio una palmada en la frente.

—Uno no puede estar en todo —sonrió—. Pero a ti te costó también averiguar quién era el autor del plan para conseguir los veinticuatro mil billetes.

—Suele pasar, porque uno no sospecha, por lo general, del que tiene más cerca. Pero cuando se empieza a pensar en todo lo ocurrido y se recuerdan puntualmente los detalles, se llega a la conclusión de que sólo un experto podría haber ideado ese plan.

—Acepto el elogio, Nigel —sonrió Moore-Lewis—. Y admito tu capacidad de inventiva al distraernos con el falso taxista.

—Era un taxista auténtico. Lo que sucede es que la llamada sí era falsa.

—Ah, ya comprendo. De todos modos, la carretera acaba aquí...

—Hay helicópteros, Algy.

—¡Qué bruto soy! ¿Cómo no habré pensado en ello?

—No se puede estar en todo, Algy. Por cierto, fue un bonito plan el de matar a los herederos. Pero ¿por qué tenía que ser yo el heredero de un hombre al que no conocía ni había oído nombrar jamás?

—*Sir* Brian era un tipo muy rico y bastante excéntrico. En tiempos perteneció al IS. Tú le ayudaste en cierta ocasión, cuando él usaba el seudónimo de Gerald Graves. Incluso creo que le salvaste la vida.

—Ahora lo recuerdo. Pero... los otros...

—Las tres mujeres habían tenido parte importante en su vida. En cuanto a Rhyssing y de Valmy... eran hijos bastardos de *sir* Brian. Fue un tipo muy varonil hasta bien entrado en años.

—¡Qué tipo! —suspiró Nigel—. Pero si era tan robusto, ¿cómo murió?

Moore-Lewis sonrió de un modo extraño. Y, en aquel instante, Nigel comprendió que su antiguo amigo había precipitado el fin de los días de *sir* Brian York-Blygh.

CAPÍTULO XIII

—Sí, lo maté yo —admitió Moore-Lewis, después de unos segundos de pausa.

—Conocías el testamento —dijo Nigel.

—Te dejó cuatrocientas mil libras. A mí no me dejó ni recuerdos —contestó Moore-Lewis rencorosamente—. Y yo planeé la operación, que tú ejecutaste, para salvarle de aquel grave aprieto.

—Pero los otros herederos no tenían la culpa de lo sucedido —alegó el joven.

—No, pero eran herederos.

—Me cuesta mucho comprender algunas cosas. ¿Por qué tuvieron que morir, Algy?

—Leblanc estaba de acuerdo conmigo. Él fue quien reunió gradualmente los billetes, puesto que tenía plenos poderes del difunto. Podían haber ido individualmente a la oficina del notario, donde habrían recibido un cheque, pero muy disminuido el importe de la herencia, a causa de los impuestos. Riccio fue nuestro mensajero y los convenció a todos de reunirse en Villa Grette. No hubo ni uno solo que rechazara la propuesta de cambiar de personalidad por otras personas que morirían en su lugar, puesto que ello les permitiría quedarse con las cuatrocientas mil íntegras, en lugar de menos de doscientas mil, ya que la mayor parte habría ido a parar a las garras del fisco suizo.

—Y tus secuaces buscaron seis personas...

Moore-Lewis sonrió.

—Lo que sucede es que Leblanc mencionó el nombre de *Sir* Brian en tu carta y no el de Graves. Por eso, tú la rompiste, sin hacer caso del contenido.

—Mataste a Helen —acusó Nigel.

—No lo siento. Fue una estúpida. Hasta el último instante, no me dijo que uno de los dobles eras tú. Me dejó llevar por un

arrebato de ira... Se lo merecía.

—También se lo merecían Luzzati y Georgia... y todos los que fuiste eliminando, después de que te ayudaban.

—Cuando me enteré de que te habías salvado, supe que te pondrías inmediatamente a buscar al autor de la voladura de Villa Grette. Te conocía demasiado bien para no saber qué harías. Aparte de eso, con todos ellos, en tiempos, había tenido yo relaciones.

—Por causa de la profesión, me imagino.

—Sí. Me ayudaban y, además, les pagaba bien. Ellos creían que estaban combatiendo a una verdadera banda de espías.

—Sólo éramos dos —sonrió Nigel—. Un agente retirado y una hija de papá. ¿Qué me dices de Byland?

—Hubo un poco de chantaje. Conocía algunos secretillos suyos. No le convenía que la policía de Oslo recibiera un anónimo. Le telefoneé y le di instrucciones.

—Para matar a Olga.

—Y a ti, porque sabía que tú vendrías aquí. Pero si no morías tú, moriría él. Y está cabaña quedaría libre para traer a tu chica.

—¡Eh, yo no soy la chica de nadie! —protestó Glenda.

Moore-Lewis sonrió.

—Tiene temperamento —dijo.

—No le falta genio, en efecto. Algy, cuando sobornaste al piloto del «Mystère» ¿no te diste cuenta de que yo sabía pilotar?

—Le encargué que cerrase bien la puerta de su cabina.

—Amigo, cuando uno está en peligro de muerte, saca fuerzas de donde sea.

—Sí, eso estoy viendo. —Moore-Lewis miró a Glenda—. Ella te salvó en el lago Lemán.

—Es algo que celebro infinito —sonrió la muchacha.

—Yo no puedo decir lo mismo, señorita Green, De todos modos, la historia acaba aquí. No estoy solo, Nigel.

—Ya lo sé, Algy. Por favor, cuéntame algo de lo que sucedió en Villa Grette, antes de que llegara el furgón que transportaba a seis dobles.

Moore-Lewis habló durante unos minutos. Al terminar, Nigel le contempló con una mezcla de admiración y repugnancia.

—Ni siquiera te importó matar a Doris —dijo.

Moore-Lewis se encogió de hombros.

—Piensa en lo que hay en ese maletín —contestó—. ¿Qué habrías hecho tú, en mi sitio?

—Por fortuna, soy Nigel Sheridan —dijo el joven—. ¿Quién desempeñó el papel de mayordomo en Villa Grette?

—Yo —sonó de pronto la voz de Riccio.

—Dispara, Jean —ordenó Moore-Lewis.

—Con mucho gusto, jefe.

Riccio apretó el gatillo. Se oyó una rara explosión.

Glenda había chillado. De pronto, se calló.

La sangre corría a borbotones de la garganta de Riccio, quien no comprendía en absoluto lo que sucedía. Moore-Lewis, asimismo estaba atónito.

Riccio cayó de bruces al suelo. De pronto, se abrió la puerta.

—Usted tenía razón, Sheridan —gruñó Wanslau.

Tenía una pistola en la mano y apretó el gatillo tres o cuatro veces. Moore-Lewis; se desplomó, con el cuerpo atravesado por los proyectiles.

Entonces, Nigel, a su vez, disparó y perforó el hombro derecho de Wanslau. Luego le agujereó una pierna.

Wanslau cayó chillando al suelo.

Nigel se le acercó y apartó el revólver de una patada.

—Necesito que hables. Por eso estás vivo —dijo severamente.

Luego giró en redondo y se acercó a Glenda.

—Voy a desatarte —anunció, con la mejor de sus sonrisas.

—Pero no pienses que voy a caer en tus brazos —contestó ella con hosco acento.

—¿Por qué no? —se asombró Nigel—. Es lo que corresponde en una ocasión como la presente, me parece.

—Quizá te gusten más los brazos de esa gorda que se llama Olga Humpetter —dijo Glenda, ácidamente.

Nigel abrió la puerta y se asomó cautelosamente. Un rumor de agua que caía en la bañera, llegó a sus oídos.

En las manos llevaba un curioso paquete de forma alargada. Lo dejó sobre una mesa y avanzó hacia el baño.

—¡Hola! —gritó.

—¡Vete de aquí! —contestó Glenda en el acto—. Largo o llamaré a la policía.

Nigel se echó a reír.

—He pedido desayuno para dos —anunció—. Ya debe de estar a punto de llegar.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Nigel abrió se hizo cargo del carrito con los servicios. Luego empezó a disponerlo todo para cuando saliera Glenda. Ella apareció minutos después.

—He dicho que te vayas —insistió.

—Vamos, vamos, la tripa llena hace ver las cosas de distinto modo —sonrió él—. ¿Un terrón o dos? —consultó.

Glenda remoloneó un poco.

—Tipo fresco... Ni siquiera contestaste al teléfono cuando estabas en casa de Olga —dijo.

—¿Y cómo diablos sabías que yo estaba allí?

—Mi amiga vive enfrente. Me dejó unos prismáticos. Pero tú corriste las cortinas...

Nigel sonrió.

—A fin de cuentas, tenía que conseguir la ayuda de Olga —se disculpó—. Pero ya la he olvidado para siempre. Ah, tengo que decirte dos cosas. La primera es que, oficiosamente, el consejo federal de la Banca suiza me a otorgar una recompensa por haber recobrado ese dinero. Además, cobraré ciento noventa mil libras de la herencia de *sir* Brian. El señor Green no podrá decir su hija se casa con un pobretón.

—A él no le importaría que tú fueses pobre —dijo Glenda—. Lo que querría es un marido fiel para su hija. Pero como no me voy a casar contigo...

Tranquilamente, Nigel empezó a desenvolver el paquete que había traído consigo.

—Tu padre está en Oslo, por negocios, claro. He hablado con él y me ha dado un buen consejo. Por supuesto, conoce tu genio —dijo.

Un grueso bastón de nudos apareció ante los ojos de Glenda.

—O besos o garrotazos —continuó él—. Es la única manera de domarte.

El ceñudo semblante de la muchacha se aclaró poco a poco.

—Prefiero los besos —dijo al cabo, muy sonriente.

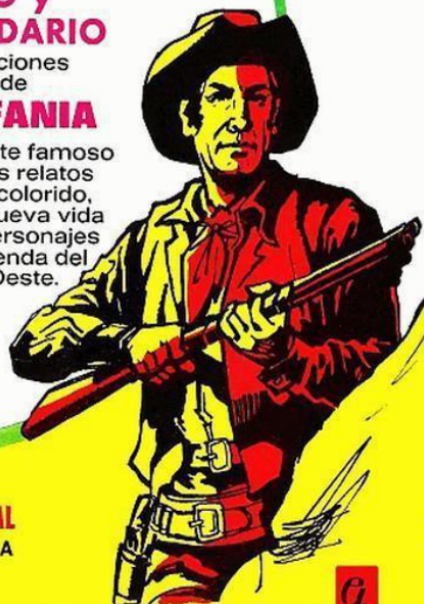
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

